

F. Roqueria Person



COLECCIÓN DIAMANTE



XII

7

COLECCIÓN DIAMANTE

Obras de Campoamor

- I.—*Doloras*, 1.^a serie.
 - II.—*Doloras*, 2.^a serie.
 - III.—*Humoradas y Cantares*.
 - IV.—*Los Pequeños Poemas*, 1.^a serie.
 - V.—*Los Pequeños Poemas*, 2.^a serie.
 - VI.—*Los Pequeños Poemas*, 3.^a serie.
 - VII.—*Colón*, poema.
 - VIII.—*El Drama Universal*, poema, 1.^o tomo.
 - IX.—*El Drama Universal*, poema, 2.^o tomo.
 - X.—*El licenciado Torralba*.
 - XI.—*Poesías y Fábulas*, 1.^a serie.
 - XII.—*Poesías y Fábulas*, 2.^a serie.
-

2 rs. tomo.

R. DE CAMPOAMOR

(De la Real Academia Española)

POESÍAS Y FÁBULAS

TERNEZAS Y FLORES * AYES DEL ALMA * FÁBULAS

MODERNA EDICIÓN

TOMO II

BARCELONA

LÓPEZ, EDITOR, LIBRERÍA ESPAÑOLA

RAMBLA DEL CENTRO, N.º 20

EL ALMA EN PENA



LEYENDA



ADVERTENCIA

El objeto que me he propuesto al bosquejar esta tragedia, es el de agitar una cuestión que se puede convertir en filosófico-religiosa.

No presento más que una pequeña fase del cuadro que me había propuesto desarrollar, porque para su total desempeño me han faltado fuerzas, solicitud y tiempo. Esto, sin embargo, no destruye la existencia de la idea primordial, pues aunque estuviera engalanada con accesorios más ó menos importantes, y el plan hubiese correspondido á la vasta idea que me formé de él en un principio, el fondo siempre hubiera quedado el mismo.

La cuestión está reducida á lo siguiente:

«¿La voluntad, reguladora de nuestros actos físicos y morales, obra por sí misma con absoluta independencia, ó lo hace á impulsos de una providencia superior?»

Jamás he podido convencerme de las razones de los que han pretendido probarnos que carecemos de libre albedrío, y que todos nuestros actos están regidos por la omnipotente mano de Dios. Si esto fuese así, sería necesario confesar que Dios hacía un ayo sobradamente descuidado, porque tales cosas hace el hombre que desacreditarían su augusta dirección.

¿Y quién es el necio que, por otra parte, cree que abandonados á nuestros propios deseos, vivimos, crecemos y nos multiplicamos, ni más ni menos que los animales de un orden inferior? Esta teoría, en mi concepto, era suficiente para hacer morir de hastío á cuantos presumiéramos de tener sentido común. Se me dirá que, al darnos Dios el libre albedrío, nos concedió un instinto de percepción que distingue lo bueno de lo malo, y que, por consiguiente, somos responsables de nuestros actos, en cuanto obramos con conocimiento de causa; pero esto, á lo más, no pasa de ser una argucia escolástica, porque si los alientos espirituales se hallan subyugados por los estímulos de la carne, poco importa que la Omnipotencia nos haya dado entonces el dón de conciencia, pues sería lo mismo que enseñarle á un hambriento el pan inaccesible á su estómago. Doy por supuesto, que no lo creo, que en las batallas interiores tengan el mismo grado de intensidad el espíritu y la materia

para ganar la victoria; el que por último quede vencido, aquel será menos fuerte, y el castigarle por su impotencia sería una iniquidad. No es mi ánimo en este lugar prejuzgar la justicia ó injusticia de la suerte ulterior que nos espera, y sólo trato de manifestar que así como no me contenta ver á Dios encargado de velar sobre nosotros con un eterno pupilaje, me repugna en extremo hallarme con un albedrío que, á pesar de mi conciencia, ha de ser arrastrado por el sentido más loco.

Y si por una parte es absurdo pensar en la intervención directa del cielo, y por otra demasiado desconsolador tener por nuestros únicos móviles las eventualidades del acaso, ¿cuáles son los medios por los cuales nuestra naturaleza debe estar en relación con el alto fin para que ha sido creada?

Un espíritu que se filtra en el corazón de los actores, tomando alternativamente las diferentes formas de un sueño, de una memoria, de un placer, de un dolor, de una esperanza, de un presentimiento, es el resorte invisible que determina las acciones de este drama; pero semejante medio es indeterminado, local, raquíptico. Basta para desarrollar esta composición, pero no cumple con el objeto que me había propuesto. La cuestión, por consiguiente, queda indicada, pero no resuelta. Falta hallar otro esla-

bón más aéreo que éste, infinitamente más universal, que abraza todos los actos de la existencia de los hombres hasta sus últimos pormenores; que no se aplique á él un caso dado, sino que él sea aplicable á todos los casos. Es menester, en fin, hallar la identidad de ese ser misterioso ante el cual nuestra voluntad es una esclava, á quien unos llaman *sino*, otros *hado*, otros *estrella*; que se insinúa en el corazón por caminos desconocidos; que excita nuestros instintos de un modo tan invisible, que á veces nos fuerza á hacer lo contrario que anhelamos. En la conciencia de la humanidad hay un sentimiento constante de atribuir el buen ó mal éxito de sus acciones á un director espiritual, y si al cruzar el erial del mundo tiene el hombre una convicción tan profunda de que jamás marcha solo, ¿quién es entonces ese duende que le acompaña?...

Abandono la resolución de este problema, porque me parece de la mayor importancia, y digna por lo mismo de que se ocupe de ella otra pluma más diestra que la de un pretense filósofo de veintitrés años.

EL ALMA EN PENA

PERSONAJES

IRENE (Alma en pena). — D. LUIS DE CASTRO. —
ELVIRA. — D. PEDRO DE LARA. — ANA

PRIMERA PARTE

ANGEL-DEMONIO

I

MORIR AMANDO

Tenía Irene un amante,
y aunque al amor no se aviene
la firmeza del diamante,
fué esta vez la más constante
de las amantes, Irene.

Siempre vivió entre ilusiones,
hasta que extinguió su vida

el fuego de las pasiones;
que en amantes corazones
quien bien ama, tarde olvida.

Y sin que en rudos amaños
un pecho tan inocente
turbasen los desengaños,
así pasaron sus años,
uno, diez, quince, hasta veinte.

¡Dichoso el que así camina
por márgenes deleitosas
en ilusión peregrina,
sin que haya entre tantas rosas
para su planta una espina!

¡Feliz la que tantas veces
la copa del gusto asiendo,
dando á sus amores creces,
jamás apuró, bebiendo,
de un desengaño las heces!

¡Bien haya el enamorado
que ve con ojos enjutos
á los que, mal de su grado,
pagando al amor tributos,
gimiendo van á su lado!

¡Y, aunque pese á sus intentos,
son del destino traiciones,
que unos alcemos lamentos
al compás de las canciones
que entonan otros contentos!

Dígalo Irene, que amando
con tan livianos empeños,
jamás con impulso blando
nubló un fantasma pasando
la nitidez de sus sueños.

Bien hizo, con ansia poca,
soñar desterrando enojos,
aunque á cada idea loca
se apagó un rayo á sus ojos,
y perdió un clavel su boca;

Que es mejor que la mejilla
se nos descolore á plazos,
que ir dejando con mancilla
de nuestra senda á la orilla
el corazón á pedazos.

—*Pobre Irene!*—esclamó un día
su madre, al ver que inocente
muriendo se sonreía;

y al verla morir, la gente,
—¡Pobre de Irene!—decía.

Dejadla que, así muriendo,
será más feliz su suerte.
¿Qué más quisiérais, que yendo
hacia vosotros la muerte
os asaltase durmiendo?

Dejadla, y no turbe alguno
su ilusión con loco empeño,
pues no ha de darla ninguno
más que un adiós importuno
al despertar de su sueño.

Más lejos, turbas galanas
de amantes, que en la locura
de vuestras mentes livianas.
quisisteis hacer hermanas
la desgracia y la hermosura.

Necios los que en sus paredes
escribís, porque no asoma
á dispensaros mercedes:
—«¡Ay de la bella paloma
que gime entre ocultas redes!»

Dejad á Irene que duerma,
buenos doctores, en calma;
porque se os muere la enferma
si vuestro saber no merma
males del fondo del alma.

Y vos, piadosos varones
que velais su último instante,
no perdais las bendiciones
en quien dá vuestros perdones
por un mirar de su amante.

Y cuide aquel que la infunda
que sólo rinde á precitos
de amor la torpe coyunda,
ne sea que aun moribunda
le arroje á la faz sus ritos.

Calle, si en fiera agonía
rotos tan íntimos lazos
llora su madre este día.
¡Oh, si al nacer, en los brazos
muriera yo de la mía!

Cuantos á Irene han querido
mitiguen duelo tamaño:
que lanza el postrer gemido,

mas no lleva el pecho herido
por el primer desengaño.

¡Del mundo torpes extremos!
¡Que nos reciban cantando
cuando llorando nacemos,
y aún cuando al morir cantemos
nos han de dejar llorando!

Callad; y pues que su holganza
á nuestro dolor prefiere,
¡dichoso el que en bienandanza
dá al mundo un adiós y muere
en brazos de la esperanza!

II

EL ALMA EN PENA

Los sobresaltos y dudas
que nuestro pecho combaten
al ver á algún ser querido
que, presa de ocultos males,
gime en un lecho, y se siente
desfallecer por instantes,
cuando los dulces recuerdos
de sus primeras edades
dan pábulo á su existencia

para extinguirla más antes,
sólo en las funestas horas
de tan apurados lances,
aquel que vela á su lado,
porque lo siente, lo sabe.

Así de la triste Irene
la desconsolada madre,
que poco á poco de aquella
ve la existencia apagarse,
víctima junto á su lecho
de tan íntimos pesares,
inunda el suelo de llanto
y el viento enciende con ayes.

¡Terrible suerte por cierto
la de la anciana que en balde
prodiga á su hija adorada
el colmo de sus afanes,
sin que á coartar el vuelo
de aquel espíritu basten,
pues de continuo embebido
en la ilusión de una imagen,
existe, goza y discurre
por las regiones del aire,
siempre esquivando los lazos
de la prisión de la carne,
y siempre anhelando un mundo

de espíritus celestiales!

Tendió una vez su mirada
á la luz pálida que arde,
y al ver de Irene tranquilo
el amoroso semblante,
y una convulsión ligera
que plácida le contrae
como si en sueño tan dulce
la hiciera sonreír alguien,
desfallecida, su rostro
en pesadumbre tan grande
dejó caer sobre el lecho,
lágrimas vertiendo á mares.

Parte entregada al desvelo,
y al sueño entregada en parte,
muellemente fluctuando
entre tan dulces mitades,
quedó la madre de Irene
en un éxtasis suave,
llorando de uno ilusiones,
de otro sintiendo verdades.
Y ya una vez tan ilusa
seres forjaba ideales,
que creyó ver en su insomnio
al lado de Irene un ángel,
el que cubriéndola alegre

con sus ligeros cendales,
como si tal vez con ellos
su espíritu aprisionase,
próximo á romper acaso
del cuerpo humano la cárcel,
ligeramente al oído
la murmuró este mensaje,
el cual traspuesta la anciana
creyó escuchar delirante:

— «Alma, ¿á qué llamar al cielo?
Dios á sufrir te condena.
Aún no es tiempo: acorta el vuelo:
vaga por el mundo, y pena.

»Si en tí no alcanzan victoria
hoy de Luzbel los intentos,
aún para entrar en la gloria
te faltan merecimientos.

»Tu amor fué una idolatría,
¡Sombras del mundo engañosas!
¡Ay del que no ama, hija mfa,
á Dios ante todas cosas!

»Si á una luz engañadora
creiste al mundo tu amigo,
Dios te destierra á él ahora.
¡Duro es, Irene, el castigo!

> ¡Por cada esperanza vana
tendrás desengaños, celos...
mas sufre, que nadie gana
sin expiación los cielos!

> Por el sér que fué tu encanto
vela hasta su hora postrera:
sigue sus pasos, y en tanto
padece, Irene, y espera. >—

Y creyendo en su delirio
estas ilusiones reales,
despavorida la mano
tendió hacia Irene al instante,
y al ver de su tez la nieve
y de sus ojos el mate,
fría enmudeció su lengua
y yerta quedó su sangre,
desplomándose transida,
sin dar de vida señales,
del fruto de sus entrañas
sobre el helado cadáver.

Y al mismo tiempo empezaba
del cuerpo de Irene á alzarse
una celeste figura
diáfana, bella, radiante,
con formas tal vez marcadas,

pero sin formas bastantes
con que dar á sus contornos
ni á sus perfiles carácter.
Vaga confusión de nieblas,
de aromas, de luz y de aire,
que á todas imita, y todas
carecen allí de parte;
cuyas esencias son sólo
las que al espíritu atañen,
y cuyo ser en la mente
se engendra, alimenta y cabe.
Fantasma que, concebido
por un delirio suave,
siempre á la torpe influencia
de los sentidos se evade,
y que brilla abandonado,
débil, tibio, agonizante,
como sombra de otra sombra,
como imagen de otra imagen...

Adiós, alma perdida,
que con incierto afán y dicha incierta,
cruzarás dolorida
la senda de la vida,
estando ya para los vivos muerta.

No descorras liviano
el velo que nubló tu afán perdido:

ten, Irene, la mano,
porque es el pecho humano
hueco infernal de víboras henchido.

¡Cuántas sombras amadas,
consagrando al amor sus verdes años,
vagarán desterradas,
de quimeras sembradas,
cogiendo, como tú, los desengaños!

Si hallases por el viento
seres que fueron mi pasada gloria,
cuéntales mi tormento,
por el dolor que siento
al relatar tu plañidera historia.

Dí que sus ayes vanos
nadie oye aquí, porque los turban luego
los rumores insanos
de esos mónstruos humanos
que el mundo van talando á sangre y fuego.

Si tal vez doloridos
quieren herir la mundanal conciencia,
que apaguen sus gemidos,
porque á muertos y á idos,
sepulcros del amor labra la ausencia.

Tan sólo yo, viviendo,

vuestro clamor enamorado escucho.

¡Quién me diera á ese estruendo
corresponder, rompiendo
la cárcel vil en que afanado lucho!

III

DESENGAÑOS

D. LUIS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Los pies sobre el pavimento,
las sienes sobre una almohada,
contra un sofá reclinado
don Luis de Castro descansa.
En tal actitud no hay sueño,
trago, ilusión ni fantasma,
que no nos hiera la mente,
ó no nos divierta el alma.
Graves, tristes ó risueñas,
juntas ó desparramadas,
se ven circular visiones
en rápido panorama,
que ya del hondo sepulcro
de nuestros recuerdos se alzan,
ó ya desde un falso oriente
las aborta la esperanza;
y por eso se oyen cantos
que hallan eco en las entrañas,

y se ven tiernos semblantes
que fuégo en las mismas hallan;
y todas se miran y oyen,
y todas en lontananza,
con rasgos de verdaderas
y caracteres de falsas,
como si fuese otro mundo,
que sostenido en el aura
va, viene, se agranda ó acorta,
pára, gira, sube ó baja,
que hastía, alegra ó entristece
á gusto del que lo alcanza.

Se abrió de pronto una puerta,
y, apareciendo una dama,
un diálogo de improviso
ella y D. Luís así entablan:

ELVIRA.

¡Luís!

LUÍS.

¡Elvira!

ELVIRA.

¡Irene ha muerto.

LUIS.

¿Ha muerto?

ELVIRA.

¡Desventurada!

LUIS.

¡Dios la tenga en su morada!

ELVIRA.

¿Lo sientes?

LUIS.

No.

ELVIRA.

¿Cierto?

LUIS.

Cierto.

Turbado don Luis sin duda
por su inquietud momentánea
no oyó uno de esos suspiros

que, al resbalar de callada,
parece que de su asiento
el corazón nos arrancan.
Lamentos que á nuestro lado
tal vez quejosas levantan
de algunos seres perdidos
las sombras enamoradas,
que, de un fatal desengaño
la hiel al probar amarga,
sembrando remordimientos,
y doblando nuestras ansias,
acusan con hondas quejas
de nuestra fe la inconstancia.
Ayes sin ruido, que sólo
hieren en su fondo al alma,
que sin pregonar su origen
nacen, crecen, la desgarran;
mas que comunmente ahogados,
del mundo entre la algazara,
como con don Luís ahora
desapercibidos pasan.

LUÍS.

Siéntate á mi lado, Elvira.
(Lo hizo con rostro halagüeño).

LUÍS.

¿Me amas?

ELVIRA.

Como á único dueño.
(Por cierto que era mentira).

ELVIRA.

¿En tu memoria no lucha
de Irene el amor perdido?

LUÍS.

Ni aún recuerdo si ha existido.
(¡Ay de su alma si lo escuchal)

LUÍS.

Sólo sé, Elvira, que quiero,
cuando á tu lado me miro.
(Y aquí sonó otro suspiro
tan hondo como el primero).

LUÍS.

Ya sabes que un matrimonio
al morir don Juan, mi tío,
formó, diciendo: — «Luís mío,
dejo á Irene un patrimonio.

»A legártelo me allano,
si con su mano te avienes.» —
— Sí, dije: tomé los bienes;

murió y olvidé su mano.

Te ví, te amé, y en seguida
de ella apartando la fe,
entretenerla pensé,
y al fin murió entretenida.

Y si soñando ternezas
ya ha muerto, hoy en mis desvelos,
cuantos á Irene dí celos,
pagaré á Elvira en finezas.

Espíritu que vagando
del torbellino en las alas,
creiste hallar puro el centro
de tus amorosas ansias,
¡oh, cuantas quejas al cielo
contra la doblez humana
elearás, engañado,
en tus dolientes plegarias!
¡Triste Irene, que, encendiendo
de su corazón la llama,
todos tus dones quemaste
de un falso dios ante el ara,
y condenándote el cielo
por oblación tan profana
á desentrañar el pecho
del ídolo que adorabas,
ves el sagrario vacío,
oyes sus promesas falsas.

tocas tu dios y es un sueño,
tu dicha una sombra vana,
quedando al vaivén funesto
de tu fortuna contraria,
llenos de horror tus recuerdos,
falta de luz tu esperanza!
Mas del corazón del hombre
¿cuál otro dón esperabas
sino el seductor halago
de engañadoras palabras,
torpes gustos que destruyen,
hiel rebozada con ámbar,
pesares que mienten goces,
y caricias que desgarran?
Ahora, Irene, que en vano
sordos suspiros ensayas,
que nunca á herir el instinto
de nuestras potencias bastan,
busca, alma en pena, pues lloras,
del fiero don Luís el alma,
y atórméntala con celòs,
llore con la tuya aunada,
ahogue secretas penas,
víctima de ocultas mañas:
lamente glorias perdidas,
gima tu perdida gracia,
y cúmplanse al mismo tiempo
su venganza y tu venganza.

(Y después que sonrieron,
y uno al otro se miraron,
la plática que empezaron
Elvira y don Luis siguieron.)

LUIS

¿Y cuándo, á mi ruego, humana,
nuestros amorosos brazos
sellarán eternos lazos?

ELVIRA

Cuando tú quieras.

LUIS

Mañana

De sus estímulos siervo,
viendo la dicha cercana,
quiso disfrutarla acaso
don Luís, ahorrando tardanzas,
y estrechando embebecido
de Elvira la mano blanca,
sus ojos voluptuosos
fijó en su frente de nácar,
mientras que ella al turbio brillo
mostrándose fascinada,

entre si quiero ó no quiero,
ora cruel, ora mansa,
ya con candores fingidos,
ya con inquietudes falsas,
tanto se esquivó mañosa
cuanto se brindó con maña,
creyendo dar á su amante,
en afecciones tan varias,
de su candor claro indicio
y de su honor muestras claras.
Don Luís redobló su esfuerzo,
y tules venciendo y gasas,
fué poco á poco asaltando
de su hermosura el alcázar .
y ya con torpes arrobos
iba á coronar sus ansias,
cuando esforzándose Elvira
como si un áspid hollara,
con estudiada apostura
cruzó de pronto la estancia,
y exclamó desde la puerta
sonriéndose:—*Mañana!*—

Quedóse de pie el de Castro,
inmóvil como una estatua,
dulcemente saboreando
de su entonación la magia;
y fomentando en su mente
locuras de la esperanza,

vió un porvenir alumbrado
de siempre risueñas albas,
torpes deseos cumplidos,
luchas de amor coronadas,
fiestas, nupcias, devaneos,
placeres, músicas, danzas,
á cuyo encantado aspecto
dijo con placer:—*Mañana!!*—

Y luego, como si oculto
algún ser se deslizara,
que en su tránsito absorbiese
los sueños de sus palabras,
tras el conjunto risueño
de amores, bailes y galas,
traslució un mundo poblado
de ensangrentados fantasmas,
deshechos planes de gloria,
de amor mentidas alianzas,
placeres desencantados,
sangre, cadáveres, dagas...
Y cual si hiriese su frente
el talismán de una maga,
y con pincel invisible
trazase un lema en las auras,
absorto, meditabundo,
llena de inquietud el alma,
con ojos desencajados
leyó con horror:—*Mañana!!*

IV

PRESENTIMIENTOS

D. LUIS. — ELVIRA. — D. PEDRO. — EL ALMA
EN PENA.

Muestra de lejos la dicha
tanto encontrado fanal,
que ignora el hombre ofuscado
en dónde la dicha está.
Hacia la luz más cercana
corre con íntimo afán,
y aunque al llegar ve el engaño
de su resplandor falaz,
dobla rebelde su empeño,
y con resuelto ademán
sigue el rastro de otra lumbre
que resurge más allá;
y así van muriendo dichas,
y antorchas naciendo van,
y el hombre las sigue todas,
al lado de cada cual
suspira, llora y alienta,
para correr más y más.

de su brillante esponsal,
cuanto más se acerca al gusto,
lo ve desde más atrás;
que es atributo preciso
de nuestra estrella fatal,
que el placer que vimos lejos
se trueque cerca en pesar.

En vano sacude á veces
alguna sombra tenaz
que sigue á su mente inquieta
como el acero al imán,
pues siendo un sér increado,
fantásticamente real,
va y viene con terco empeño
donde don Lufs viene y va.
Confuso embrión de envidias,
de celos y de maldad,
de oscuros presentimientos
tan pródigo manantial,
que cuando á su amante Elvira
torna risueño la faz,
sólo mira en ella á un áspid,
que va en su pecho á abrigar.
Norte de desconfianzas,
brújula de enemistad,
pues ve pasar receloso,
con la inquietud de un rival,

á todo el que en tono alegre,
en la apariencia galán,
canta de su esposa Elvira
la peregrina beldad,
y hasta el disimulo observa,
más receloso quizá,
de cuantos viendo su dicha
indiferentes están,
odiando, hecho un caos su juicio,
del más insondable mar,
á unos porque más hablan,
y á otros porque callan más.

¡Triste condición del hombre
que levantando un altar
donde el afán acumula
de toda su larga edad,
la inquietud de algún recelo,
el sinsabor de un azar,
le impelen á que destroce
sus ídolos suspicaz,
viendo miserablemente
entre sus plantas rodar
el fruto de tantos años,
el premio de tanto afán!

En medio de sus placeres

devora á don Luís un mal
de origen desconocido,
pero de aguda entidad,
que en el ardor de su fiebre
no acierta á calificar,
pues sólo ha visto una sombra,
pero una sombra no más,
que era quizá la de Irene,
si no era un ángel quizá,
la que de su mente ciega
se esfuerza por desechar:
y así entre dudas confuso,
de distinguirla incapaz,
ahogando presentimientos,
ríe en su fiesta nupcial,
trocada en infierno el alma,
y la cabeza en volcán.

Bulle el grotesco tumulto
en algazara infernal:
ya de la excitante orquesta
al voluptuoso compás,
ya en el festín descocado,
en impura bacanal,
de copas y de botellas
al atronador chocar,
unos bailan, y otros gritan,
porque en órgia tan brutal

nadie ignora que sin tregua
manda la necesidad
gritar mientras que haya acento,
y beber hasta rodar.

Y no falta uno que entre ellos
busque la felicidad,
y crea ver en los rostros
de Elvira y don Luis la paz,
mientras que aquélla forjando
algún sacrilego plan,
se cubre de la sonrisa
con el mentido disfraz,
y éste las llagas oculta
de un invisible puñal
que el corazón lentamente
despedazándole está.

Entre el montón de quimeras,
que le desconciertan más,
pretende huir la zozobra
de un recelo perlínaz,
que le conduce, abismado,
y le arrastra á su pesar
donde don Pedro de Lara
camina con torva faz,
ya hacia abajo, ya hacia arriba,

ora adelante, ora atrás;
y en vano don Luís procura
los ojos de él apartar,
pues le persigue, llevado
de su celosa ansiedad,
cual si el poder le arrastrara
de un secreto talismán;
y si una vez por acaso
el rostro vuelve al pasar,
otra vez vuelve, y le mira
con más chocante ademán,
pues le parece que al punto
cruza el aire una deidad
que le murmura al oído:
— «Allí va Lara, allí va.» —

Y si es cierto que las sombras
de los que murieron ya
á cuántos seres amaron
vuelven á la tierra á amar,
sin que ellos tengan noticia
de su constante amistad,
pues sólo las ven soñando
en lontananza pasar,
tal vez los manes de Irene
los que le avisan serán
el doble trato de Elvira,
de Lara la falsedad;

y acaso también le inspiren
aquel instinto especial
con que sondea sus almas,
cuando engañándole están,
don Pedro fingiendo enojos,
mostrando Elvira solaz.

Rayó por fin la alta noche,
y como en giro cabal
el sueño sigue al desvelo,
y al gusto la saciedad,
á dormitarse empezaron
todos, cuál menos, cuál más,
que lo que es grato al principio,
es desabrido al final.

Y huyendo de los curiosos
la despedida mordaz,
sus dicharachos comunes
y su ironía vulgar,
tendió don Luís una mano
á su adorada mitad,
y de una puerta secreta
al trasponer el umbral,
en vano quiso de Irene
la sombra tras sí dejar:
pues á su espíritu asida,

en tétrica vaguedad,
le fué siguiendo, su pecho
trocando en llama voraz;
por lo que airado el de Castro
de sí empezó á blasfemar,
que del deber los recuerdos
son para el hombre un dogal.

V

ILUSIONES PERDIDAS

D. LUÍS.—ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Desde el dintel de la vida
hasta el borde de la tumba,
va el hombre sembrando el germen
de su dicha ó desventura.

Y en vano, si espinas coge,
maldice la tierra inculta,
pues creer que nace otro fruto
más que el que siembra, es locura.

Arroja al aire atrevido
mil esperanzas confusas,
que son de mil desengaños
tantas imágenes turbias.

Levanta en su idea faros
para que alumbren su ruta,
y nubes de pensamientos

sus resplandores ofuscan.

Por los tormentos que hoy sufre
impreca á su suerte dura,
é ignora que ayer sembraba
los males que hoy le circundan.

Si de ayer el devaneo
los males de hoy nos anuncia,
el de hoy podrá ser mañana
de nuestro bien sepultura.

Y jamás llamará el hombre
á su Providencia injusta,
si antes de entrar en la huesa
volviese á mirar su cuna.

Así á lo doble atendiendo
de su pasada conducta,
es fuerza que resignado
don Luís sus tormentos sufra.

Nubló la dicha de Irene
con sus engaños y dudas,
y con sus dudas y engaños
nublará Elvira la suya.

Ambos, huyendo el desorden
de sus agitadas nupcias,
la soledad por testigo
de sus confidencias buscan.

Y solo en la oculta estancia
se ve á una luz moribunda,

del blanco lecho en que duermen,
el cortinaje que ondula...

¡Mil veces feliz quien logra
tocar así la ventura,
y en ella á saciarse impuros
todos sus anhelos junta!

¡Y mil y mil veces triste,
el que en horrible tortura
mira usurpar el tesoro
en donde sus dichas funda!

¡Oh, qué dolor tan intenso
es cuando en la noche oscura
voluptuosas escenas
la imaginación dibuja,
y se ve á un sér adorado
terciar amoroso en una,
y que á un rival más dichoso
besa su boca perjura!
En vano entre ambos entonces
nuestro pensamiento cruza,
de nuestro amor excitando
reminiscencias oscuras,
pues abrumados al peso
de tan sabrosa coyunda,
piensan en sus gustos sólo
hacer sus caricias mútuas,
sin que un recuerdo consagren
á nuestras glorias ya mustias,
ni un dón á nuestra constancia,

ni un premio á nuestra ternura!
¡En vano en giro invisible
allí nuestra mente lucha,
y con añejas memorias
desavenencias formula,
porque dos almas, que el gusto
recíprocamente auna,
jamás de un voto el recuerdo
sus contentamientos turba;
y uno tras otro, extasiados,
placer tras placer consuman,
mientras que tristes nosotros
ninguno enjugar procura
las lágrimas que entretanto
por nuestra faz se derrumban!
¡Insoportable martirio,
cuando, en postración tan suma,
nuestra esperanza en el aire
sombras acaso figura
que venideros placeres
tan solo en sombras anuncian
mientras pasando la noche
negra, silenciosa, angusta,
con su soledad nos dice:
— «¡Jamás! ¡Imposible!! ¡Nunca!!!» —

Al ver inquietud tan honda,
es de creer que en su angustia

don Luís batalla en idea
con un espectro sin duda.
No halla del placer el colmo
trabado en la lid impura,
aunque al sentido estragado
estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira
bese la boca de púrpura,
y que ella á su vez le bese
con amorosa ternura;
porque don Luís hostigado
por una sombra importuna,
hozando, en vez de placeres,
á tragos la hiel apura.

Imagen que á sus sentidos
llamando con voces mudas,
cual sér etéreo filtrado
de su sér mismo en la hechura,
yerta entumece sus miembros,
dentro de sus venas pulsa,
ciega la luz de sus ojos,
y entre las sienas le zumba.

¿Quiénes serán esos seres
que imperceptibles circulan,
eternos verdugos siendo
de nuestra humana natura,
que ya de remordimientos

el falso aspecto simulan,
ya de pasados errores
hoscos recuerdos apuntan?

¡Triste de él, cuando, acudiendo
de su impotencia en ayuda,
don Luís se arroja del lecho
en donde el placer repulsa,
y ve deshacerse al aire
sus dichas una por una,
porque á la vez en su pecho
amor y flaqueza luchan!
¡Cuitado cuando tendiendo,
desde el asiento que ocupa
hacia la mesa en que débil
la luz ilumina turbia,
una mirada sombría
cuanto sombría iracunda,
acierta á leer papeles
de antiguas memorias tumba,
rotos pedazos del alma,
sombras de muertas venturas,
frases de amor elocuentes
cifras de dolor sañudas,
tal vez de Irene regadas
con lágrimas de amargura!

don Lufs batalla en idea
 con un espectro sin duda.
 No halla del placer el colmo
 trabado en la lid impura,
 aunque al sentido estragado
 estímulos acumula.

Es por demás que de Elvira
 bese la boca de púrpura,
 y que ella á su vez le bese
 con amorosa ternura;
 porque don Lufs hostigado
 por una sombra importuna,
 hozando, en vez de placéres,
 á tragos la hiel apura.

Imágen que á sus sentidos
 llamando con voces mudas,
 cual sér etéreo filtrado
 de su sér mismo en la hechura
 yerta entumece sus miembros,
 dentro de sus venas pulsa,
 ciega la luz de sus ojos,
 y entre las sienes le zumba.

¿Quiénes serán esos seres
 que imperceptibles circulan,
 eternos verdugos siendo
 de nuestra humana natura,
 que ya de remordimientos

circulan.
 seres
 espumas?
 cuando, acudiendo
 en ayuda,
 del lecho
 repuls.
 al aire
 que una.
 en su pecho
 luchan!
 tendiendo,
 que ocupa
 que débil
 austria.
 austria
 la horrada.
 repuls
 en las tumba,
 del alma,
 venturas,
 devorantes
 mudadas,
 repuls
 amargura!

A EN PENA

DA PARTE

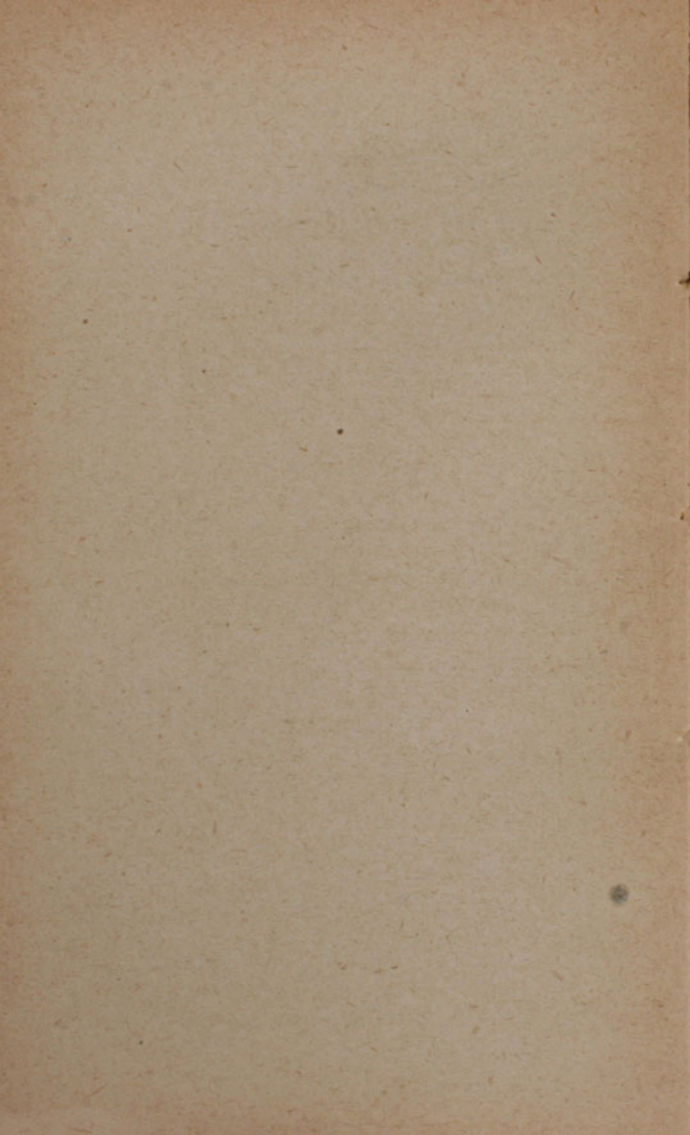
NO-ÁNGEL

I

ITIGO EL TIEMPO

ichas traidoras
 alma plugo,
 for verdugo,
 l las horas.

e los años,
 holanzas,
 ño de esperanzas
 esengaños.



EL ALMA EN PENA

SEGUNDA PARTE

DEMONIO. ÁNGEL

I

EL MEJOR CASTIGO EL TIEMPO

De cuantas dichas traidoras
forjar á nuestra alma plugo,
el tiempo el mejor verdugo,
y el mejor dogal las horas.

Vienen y vanse los años,
y, con mentidas holganzas,
siempre en cambio de esperanzas
se compran los desengaños.

Tal don Luís á cada instante,
en mengua de su reposo,
fiel recuerda, siendo esposo,
dichas que gozó de amante.

Y del tiempo que va y viene,
ardiendo en la oculta pira,
llora en los brazos de Elvira
tristes recuerdos de Irene.

Así de añejos amores
vivimos enamorados,
y así los gustos pasados
curan presentes dolores.

Que en el insondable arcano
de los mundanales seres,
es de amores y placeres
el mayor el más lejano.

Aunque sueña en su extravío
con el amor de una muerta,
de una hija la dicha cierta
de don Luís temple el hastío.

Pues le dá á un padre un destello
Dios de su luz soberana,
al darle una hija, como Ana,

de alma hermosa y rostro bello.

Y el menor de los dolores
debe ser su última queja,
si al morir el hombre deja
quien vierta en su tumba flores.

Que aunque un recuerdo en la vida
sea una dicha ilusoria,
tanto vale una memoria
entre quien todo lo olvida.

Si á Irene en su desacuerdo
prodigó en vida desdenes,
es el mayor de sus bienes,
difunta ya, su recuerdo.

Pues siempre nuestra esperanza,
en su error indefinible,
se prenda de lo imposible,
y lo imposible no alcanza.

Viendo su imagen risueña,
pese á la imagen de Elvira,
con ella al velar delira,
y al dormir con ella sueña.

Y si en vida su alma loca

la desdeñó cruelmente,
hoy la traen á su mente
cuanto oye, imagina y toca.

Que los males ó alegrías
que en el corazón se asientan,
los traen, cambian ó ahuyentan,
yendo y viniendo los días.

Y en vano al hado enemigo
llamar el hombre procura,
que es de la humana locura
el tiempo el mejor castigo.

II

TIRÓ EL DIABLO DE LA MANTA

— «Dadme ese papel inmundo,
vil portador de mi ultraje,
antes que rencor profundo
os dé para el otro mundo
con este acero un mensaje.

»Y aunque con portes humanos
las manos á la cabeza
veis que no alzo á los villanos,
sé ponerles con destreza
la cabeza entre las manos.»—

Y arrancándole al criado
furioso el pliego don Luís,
apeló aquel á la fuga
al ver su ademán hostil.
Y éste, el papel estrujando,
entre jurar y gemir:
— «Faltó á la red una malla,»
dijo después para sí:
«bueno será que ya preso
el pez se escurra sutil,
y cauto á los pescadores
enrede en su mismo ardíd.»—

Y antes de cerrar la puerta
que da en secreto al jardín,
la fuga del mensajero
volvió á mirar de perfil,
quien aún corriendo seguía
por el opuesto confín,
que como el valor presta alas,
dá al miedo pies para huir.

III

AMOR CON AMOR SE PAGA

DON LUÍS

Trémulo don Luís el pliego
desdobra poco después,

sentado frente á una mesa
en la que alumbra un quinqué.
Al ver la letra, su sangre
se arremolinó en su sien,
de sus rencores anuncio,
de una catástrofe pié.
Y golpeándose la frente:
— «Huyó, con efecto, el pez,»
dijo, y derramó una lágrima.
«Quiera Dios que pare en bien.» —
Y entre las manos las sienes,
los ojos sobre el papel,
rumiando frase por frase
así una tras de otra lee:

— «Aunque teniéndoos presente,
don Pedro, os ame rendida,
dejad que os repita ausente
que es vuestra siempre mi vida.

»Dejad que os esté el deseo
eternamente adorando,
en vos mismo, cuando os veo,
en vuestra imagen, soñando.

»Bien sé que amándoos sin tino
mancho el honor de un tercero,
pero él me enseñó el camino,
á otra engañando primero.

» Irene á mi esposo amaba,
cuando yo á vos os quería:
y cuando yo á él le engañaba,
él á Irene amor mentía.

» Dióle, pues, el desengaño
que labró su torpe lengua;
como la engañó, le engaño:
matar á un traidor no es mengua.

» Que os debo querer, no hay duda:
que antes de mi casamiento
de ello os hice juramento.
Ana, vuestra hija, os saluda.» —

— «¡No era mía!...» — el triste padre
con infantil candidez,
transido, prorumpió entonces,
y luego otra vez, y cien.
— «¡No era mía!» — murmuraba,
vertiendo por llanto biel,
desordenado el cabello,
como la muerte la tez.

¡Ay del corazón del hombre
si el amoroso cincel
en su espesor lentamente

labrando una imagen fué:
pues ya el sacrilego amaño
de alguna torpe doblez,
ya el tierno vínculo roto
de una quebrantada fe,
borran hasta el postrer rasgo
de su idolatrado bien,
y cuando el traslado arrancan
sale el corazón con él!

—«¿No era mía!... ¡No era mía!...»—
gritaba en su afán cruel.
—«Pues mueran entrambas,»—dijo;
y airado tornó á leer.

—«Luis á Irene há tiempo nombra
con amante desvarío:
si todo en el mundo es sombra
lo mismo es su amor que el mío.

»Y aunque uno á otro nos odiamos,
en nuestros locos extremos,
callamos, porque miramos
que andamos cuanto corremos.

»Yo le miento placentera:
él mentiroso me halaga:
si él es falso, yo embustera:
amor con amor se paga.»

Cuando nuestra alma extremece
de la fortuna un vaivén,
de cuyo estrago los ojos
el fin no aciertan á ver,
ata nuestra voz el pasmo,
y nuestra mente un cancel:
el corazón mal herido
deja sus alas caer;
las lágrimas que á los ojos
aún no se asomaron bien
vuelven por la misma senda
al pecho exequias á hacer:
lágrimas que idolatradas,
si no la animan tal vez,
mueren con ella en el fondo
del alma que las dió el sér.

¡Pobre don Luís que, privado
de amor y honor á la vez,
perdió con prendas tan caras
el sentimiento también,
y desmayados sus miembros,
entumecidos sus pies,
solo en su estático rostro
en mezcla mortal se ven
lo estúpido de la infancia,
lo débil de la vejez!

¡Y más triste todavía

cuando en reacción cruel
aglomerada su sangre
vuelve en las venas á arder,
sus miembros se vigorizan,
torna á transpirar su tez,
y una y mil veces trabado
en violentos traspies,
mide furioso la estancia
desde una á la otra pared,
hasta que un puñal asiendo
en ansia de no sé qué,
clamó, cual si desalado
corriese tras no sé quién:
—«¡Amor con amor se paga;
tiene razón mi mujer!»—

IV

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

I

DOÑ LUÍS

Execraciones lanzando
en los extremos de su ira,
llegó don Luís á la estancia
de su idolatrada hija;
y aunque hondamente entrañables,
tal vez desapercibidas,

rodaron algunas lágrimas
por sus candentes mejillas,
al encaminar sus pasos
del aposento á una esquina,
en donde en confuso aspecto
el lecho de Ana divisa.
Asiendo con ruda mano
las misteriosas cortinas,
ya iba aquel pecho tan virgen
á desgarrar, parricida,
cuando las soltó impelido
de una repugnante grima,
con el afán batallando
de esas sensaciones íntimas,
que emanándose espontáneas
de su contextura misma,
sin prevenciones ni amagos
el corazón nos lastiman.

¡Horrible será sin duda
de un padre la suerte indigna
cuando por un caso de honra,
tal vez por una mentira,
dar ofendido la muerte
pretende á quien dió la vida,
y un ídolo edificando,
para aventarle en cenizas
mece una mano su cuna
y la otra enciende su pira!

Así el amor sofocando
del honor voces malditas,
ilusiones en que déoil
la humana flaqueza estriba,
tuvieron del asesino
la voluntad indecisa,
hasta que brotando en su alma
preocupaciones impías,
que revelaban del mundo
sarcásticas inyectivas,
corrido, desesperado,
por una irónica risa
que se engendró en su conciencia,
clamó infeliz: — «¡Hija mfa!!» —
y descolgando el acero
sobre las holandas finas,
tan crudos golpes reparte
que el corazón petrifican.

Y mientras don Luís la muerte
aquí y allí disemina,
sin conocer ofuscado
que el aire sólo acuchilla,
Ana en el jardín contempla
la luz de la luna tibia,
ante la cual giran sombras,
partos de su fantasía;
y así encuentra delirando

gustos en vez de desdichas,
que no son los que más yerran
los que en el mundo deliran.

II

ANA.—EL ALMA EN PENA

¡Bien haya la inocencia,
precioso dón del justo,
que sin broquel robusto
su frágil existencia
guarda la Providencia
con su poder augusto!
Deslízase la vida
en tan sabroso estado,
en brazos adormida
del tiempo nunca airado:
como fugaz paloma
por un cielo de aroma
cruza con pompa suma,
ó cual botado esquife,
sin miedo á un arrecife
orza en mares de espuma.

¡Feliz mil veces Ana,
que con tranquilo pecho
deja el amor-del lecho
por respirar temprana

la brisa que serena
en noche tan amena
murmura á su ventana!
Miden sus ojos bellós
del campo las alfombras
y ven sombras y sombras
vagar á los destellos
de la naciente luna
que baña la alameda,
y aún cree escuchar alguna
que la murmura queda:
—«Baja á los campos, niña,
halle tu alma inocente
refugio en la campiña.
¡Guay que el volcán ardiente
los árboles desgaja
cabe tu hermosa frente!
Deja el monte eminente;
baja á los campos, baja.»—

Y dócil á su acento,
con infantil contento,
de la tendida vega
donde el volcán no llega,
movió su pié inconstante
por el floreal camino;
que nunca un pecho amante
de la virtud tocado,
desoye, rebelado,

la voz de su destino.

La angusta perspectiva,
que ve como soñando,
y el aura que oye esquivando,
tonos de amor formando,
y aquellas sombras vagas
que embozan la floresta,
á cuyo centro oscuro
parece que á un conjuro
vienen como de fiesta
las protectoras magas,
confusamente un mundo
forjan de Ana en la mente,
hermoso sin segundo,
donde confusamente
se oyen tiernas canciones
nunca escuchadas antes,
y véense perfecciones
de no vistos amantes;
y se aspira la esencia
de unas flores sin nombre,
que esquivan la presencia
de la mansión del hombre;
y mfranse las danzas
de plantas fugitivas,
risueñas lontananzas,
citas de amor furtivas;

porque una noche clara,
de sombras nunca avara,
tantos prodigios junta
en almas hechiceras,
si en ellas ya despunta
la edad de las quimeras.

Rayando la mañana
tocó á su fin la luna,
y al ver las sombras Ana
deslizarse una á una,
y que insensible hufa
la más idolatrada,
creyó que de callada
pasando, la decía:
—«Ya viene la mañana:
vuélvete, niña, al lecho
do no amaga tu pecho
la antes hambrienta fiera.
Llora á los tristes, Ana:
torna al redil, cordera.»—
Y á la luz matutina
del sol que empezó á alzarse,
la imagen peregrina
vió de Irene alejarse
cual iris inseguro
que ya sin fuerza alguna
un débil claro-oscuro

esparce desteñado;
ó cual rayo de luna,
que acaso con mancilla
más enturbia que brilla
á los del sol tendido.

Y al ver las limpias huellas
Ana, del claro día
que intenso destrufa
sus ilusiones bellas,
la lumbre maldiciendo
del sol que iba creciendo,
traspuso la distancia
de su vecina estancia,
hallando de esta suerte
el sueño más tranquilo
allí donde há tan poco
que con intento loco
sentó con mano fuerte
de su guadaña el filo
la inexorable muerte.

¡Cuándo fueran distintos
los más funestos hados
si siguiesen lanzados
los hombres con anhelo
los mágicos instintos
que les inspira el cielo!

POESÍAS—II

V

LUCHA CON EL DESTINO

DON LUÍS. ELVIRA.—EL ALMA EN PENA

Al ver el lecho vacío,
en amarga transición,
tiñó de don Luís el rostro
más que la rabia el rubor.
Y de sí mismo afrentado
de la estancia de Ana huyó,
cual buscando de la sombra
asilo en el espesor:
y á solas con ciego encono
golpeándose el corazón,
gimió de sí con desprecio
y de vergüenza lloró:
que, mas que pese á su orgullo,
y pese á su propio amor,
se ven, al verse tan viles,
tales cual los hombres son.

Lloró infeliz, pero al cabo
reconcentró su furor,
y al aposento de Elvira
su rabia le encaminó;
porque detener al hombre

tan solo pudiera Dios,
cuando ya empezó el camino
de su eternal perdición.
Y en vano en tan duro trance
de un espíritu el amor
pretende obstruirle el paso
en fantástica ilusión;
y en vano sus turbios ojos
girando ante ellos nubló,
y desconcertó su mente,
y ahogó su respiración,
porque don Luís despeñado,
sin luz, sin alma y sin voz,
hasta la estancia de Elvira
colérico se arrastró:
pues siempre con el destino
lucha el hombre con valor,
aunque siempre al ser postrado,
gime con vil abyección.

Reposa Elvira en el lecho,
y al desacorde rumor
que hizo al abrirse la puerta
cuando en sus goznes rodó
ni tuvo de alzar los ojos
la más fugaz tentación,
porque tambien duerme el crimen
tras el desvelo traidor.

Y vanamente en el alma
una celeste visión
como inspirados acentos
piadosa le murmuró
secretas voces de huida,
palabras de salvación,
oscuras frases del cielo,
ecos de un sér velador,
pues ensimismada entonces
en su tenaz postración,
necia de escuchar se abstuvo
seres que tanto ofendió.
¡Mas ay! que al fin desoyendo
instintos del corazón,
pronto vió enfrente á su esposo
que con aspecto feroz
audaz sorteaba su seno,
y en ansias mortales: —¡Oh!!! —
pudo pronunciar apenas
su labio con muerto són,
porque de su blanco pecho,
formando un profundo hervor,
se abocaron por la herida
la sangre á un tiempo y la voz.

Petrificado el de Castro,
con satánico furor
ni lágrimas ni suspiros
en holocausto rindió,
porque tan viles crueldades

en casos tan tristes, son
infulas que dá el orgullo,
alientos que dá el honor:
y á la luz nocturna que entra
por el contiguo balcón,
sobre una mesa, tranquilo,
así á escribir se sentó:

—«Don Pedro, mi esposa ha muerto,
Yo soy noble: vos galante:
y es quimera,
que la que, con trato incierto,
esposo tuvo y amante,
sola muera.»

«Sitio, — la playa: — hora, — ahora:
las armas, — una á los dos
satisfaga:
si una daga á la traidora
dió muerte, déosla á vos
una daga.»

«Rogad á Dios... ¡Oh! Vuestra ira
me alzaré el padrón maldito
que hoy arrastro.
¿Visteis la sangre de Elvira?
Pues ved con qué tinta he escrito,
—Luis de Castro.»—

Y tendiendo al levantarse
los ojos en derredor,
en el adúltero rostro
por postrer vez los clavó;
y luego asestando á su alma
un dardo la compasión,
de sí mismo y de su crimen,
de allí huyendo se alejó;
y al sér que labró su infamia,
pero que encendió su amor,
solemnizarle á sus ojos
en las tinieblas dejó;
y doblando de la noche
con sus quejas el horror,
dijo así el triste, llorando,
ó así decirlo pensó:

— ¡Caed sin vergüenza, orgullo;
llorad sin afrenta, honor,
que de llanto y de deshonras,
sepulcro las sombras son!!! —

VI

HONOR Y AMOR HACEN LOCOS

DON LUIS.—DON PEDRO.—EL ALMA EN PENA

Vaga en un páramo un hombre,
casi perdido en la sombra,

y el paso como el que espera,
para, lo alarga ó lo acorta.
Y así, sereno ó impaciente,
mira rodar horas y horas,
mientras convulsos sus labios
murmuran, rezan ó votan.
Su descompuesto semblante
bien á las claras denota
que al corazón del de Castro
mudos instintos acosan.
Y poco será por cierto,
aunque á su mirada torva
la imagen se le presente
de la ensangrentada esposa,
y que flébiles las brisas
imiten sus quejas hondas,
á cuyo son entrañable
llore infeliz, como llora;
que es distinto cuando un hombre
juzga de un crimen á solas,
que cuando ardiente al cerebro
la sangre en montón se agolpa.

¡Oh, mucho diera sin duda
por disipar el aroma
de aquellas manos sangrientas
que desesperado frota!
¡Quién le volviera á los días
de más alegres auroras,

cuando escuchaba de Irene
mal entendidas lisonjas;
ó á cuando su mente tuvo
aun no formadas memorias,
ó á cuando rayó su infancia,
ó á otra edad más remota:
porque son tan verdaderas
de nuestra vida las glorias,
que si nuestra alma una á una
las va recordando todas,
truncando edades y edades,
de una en otra, y de otra en otra,
nuestra mente hasta la nada
de do salimos nos torna!

Entre las nieblas, de un hombre
adivinando las formas,
alborozado á su encuentro
don Luis el paso redobla.

Y con apuesta actitud
le apostrofó con voz clara:

DON LUÍS

Salud, don Pedro de Lara.

DON PEDRO

Don Luis de Castro, salud.

Y unas quejas de sus labios
se desprendieron tan hondas,
que ambos con mútuo desprecio
las tuvieron por congojas.

DON LUÍS.

Mucho, don Pedro, tardásteis.

DON PEDRO

Cual me habeis aconsejado,
con Dios me he reconciliado.
¿Y vos, os reconciliásteis?

DON LUÍS.

Yo, por si no solventamos
algunas cuentas primero,
morir condenado quiero.

DON PEDRO.

Pues vamos, don Luís.

DON LUÍS.

Pues vamos.

Y apercibiéndose al trance,

con una sonrisa irónica
clamó don Luís, extendiendo
al aire una banda roja:

DON LUÍS.

Con esta, si no os asombra,
nos ataremos, don Pedro.

DON PEDRO.

A nada, don Luís, me arredro.

DON LUÍS.

¡Es tan cobarde la sombra!...

DON PEDRO.

Sí, desasirnos podemos...

DON LUÍS.

¡Huir!... ¿tan cobarde fuérais?

DON PEDRO.

¡Huir!... ¿y creer pudiérais?...

DON LUÍS.

Pues atemos.

DON PEDRO.

Pues atemos.

Y al alargarsè las manos,
en tales lides ociosas,
parece cuando las ciñen
que las muñecas se tronchan.
Y ya fuertemente asidos,
miradas se lanzan hoscas,
presas las siniestras manos
y alto el puñal en las otras.

Tened, pese á vuestro encono,
las aún no manchadas hojas,
bastardos sostenedores
de imaginaciones locas.
¿A qué dios rendís impíos,
como ofrenda ignominiosa,
la sangre encolerizada
que derramais gota á gota?
¡Ah, sin duda á las deidades
que el hombre en su engaño forja:
—al amor,—honor—y orgullo!—
¡brumas! ¡ilusiones!! ¡sombras!!!
Amaina, don Luís, la furia
de tu pasión rencorosa,
que ese puñal homicida
por donde baja destroza.

¿A qué te anegas en sangre
por una palabra rota,
cuando tantos juramentos
falsa quebrantó tu boca?
¡Duelo común de los hombres,
que con flaqueza notoria
venguen las ajenas faltas
santificando las propias!
Detén el puñal, don Pedro,
que quien de hidalgo blasona,
no es justo quite la vida
á quién ya privó de la honra.
No vengues, no, de tu amante
la desastrada memoria,
que son del amor recuerdos
nieblas del aire traidoras.
Tente, don Luís, porque en tierra
á dar vas ciego de cólera.
Atrás, don Pedro: ¿qué noble
debe á un traspies la victoria?
¿Y adónde estás en tal cuita,
imagen de Irene hermosa,
que en són de paz sus sñanes
no departes mediadora?
Sin duda tu acento no oyen,
que hombres que á tanto se arrojan
no es mucho, no, que del cielo
voces internas desoigan.
Cesad, que ya de los rostros

la sangre á torrentes brota.
Cesa, don Pedro, que mueres.
El paso, don Luís, acorta.
¡Ay, que mejor que el alfanje
casi el furor os ahoga!...
El pecho, don Pedro, esquiva:
corre... vuela... el paso dobla...
Alza, don Luís, el acero...
ten... oye .. ¡misericordia!...
¡Triste de vos, el de Lara,
si el cielo ya no os perdona!!

A la maldición postrera
que exhaló don Pedro ronca,
quedaron del asesino
ciegas las potencias todas,
y mientras la calma espera
con resignación estóica,
el mutilado cadáver
asido el brazo le encorva.
En vano el acero busca
del campo sobre la alfombra,
para evadirse del peso
que cruelmente le agobia;
pues al sepultarle airado
con la indignación más loca,
quedó del triste don Pedro
entre las entrañas cóncavas;

é inútilmente su diestra
las ligaduras destroza,
por ver si un piadoso esfuerzo
de sí el cadáver arroja,
que la invisible potencia
de una deidad misteriosa
parece que al mismo crimen
al criminal aprisiona.

Entre el insondable caos
que todo su sér trastorna
cree ver los gestos horribles
de mil figuras diabólicas
que asen del muerto, doblando
el peso que le acongoja,
y huye, arrastrando el cadáver
que le demandan las sombras,
sin escuchar sus aullidos,
carcajadas estentóreas
que pavoroso el infierno
en señal de triunfo aborta.
Y es inútil si contrito
la gracia de Dios no implora,
que huya rompiendo los lazos
que al parecer le eslabonan,
pues mientras que el mundo crece,
que gire, que pare ó corra,
siempre dejando el infierno,
verá que su senda cortan,

ya la sombra del amante,
ya la imagen de la esposa;
y aunque no tan crudamente
como á él le acosan ahora,
á cuantos al mundo nacen
remordimientos acosan,
si no del brazo pendientes,
asidos á la memoria.

Oyendo solo abismado,
en confusión espantosa,
los gritos de la conciencia
que calladamente asordan,
corre el de Castro, ya viendo
simas que á sus pies ahondan,
ya fleras que le persiguen,
ya montes que se desploman;
y trasluciendo entre nubes
de Irene la blanca sombra
único faro que alumbra
al infeliz que se ahoga,
por su presencia alentada
corre gritando: — «¡Perdona!» —
y ella: — «¡Sígueme!» — responde,
cual eco de su voz propia,
y siempre asido al cadáver
que entre las peñas destroza,
de la desterrada amante
sigue la luz misteriosa,

luz que para el pobre Castro
es de la esperanza propia,
pues la luz de la esperanza
es tan intensa y tan pródiga,
que cayendo sobre el mundo
desde el crisol de la gloria,
por mas que su paso obstruyan
las nieblas caliginosas,
se debe ver del infierno
aún desde las grutas lóbregas.

¡Oh! ¡Viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

¿Ni cuál purgatorio, el cielo
en el horror de su cólera,
pudiera imponer más duro
al que sus leyes trastorna,
que atar del verdugo al cuello
la víctima á quien inmola,
y hacerle ver en su angustia
las ensangrentadas sombras
que desatado el infierno
para horrorizarle arroja,
nieblas que su vista ofuscan,
simas que á sus pies se ahondan,
ya fieras que le persiguen,

ya montes que se desploman?

¡No, viendo su atroz martirio,
no hay Dios, si Dios no perdona
al que sus culpas expía
con amarguras tan hondas!

Y con el ansia del triste
que una esperanza remota
ve tras la impía falanje
de muertes mil que le acosan,
corre, oyendo débilmente
aquel—«¡Sígueme!»—que sorda
la voz de Irene murmura
cual eco de su voz propia,
hasta que por fin, rendido
al crudo afán que le agobia,
ya resbalando en aquélla,
ya tropezando en estotra,
cayó exánime el de Castro
sobre las heladas rocas.

VII

DIOS ES PIADOSO

DON LUÍS.—EL ALMA EN PENA

Sobre unos rudos escombros
don Luís sus tormentos sufre,
POESÍAS—II

en tanto que gota á gota
sangre sus heridas fluyen.
Y solo, y sin esperanza
que sus dolores endulce,
sin fruto invoca las sombras
de sus recuerdos ilustres;
que hasta en su angustia postrera,
dejando su ruego inútil,
le abandonaron de Irene
las tiernas solicitudes;
pues tal vez como las dichas,
también los amores huyen,
y en llegando á un coto cierto
también como ellas sucumben.

Y es fuerza cuando su eclipse
el último amor anuncie
que de la vida del hombre
la postrer hora se apure,
porque desechos los lazos
que á la existencia nos unen,
anhela nuestra alma alientos
de admósferas más salubres.

Vanamente sus memorias
don Luís al morir reune
porque á su eterna partida
con el perdón le saluden,
pues solemnizan tan sólo
sus últimas inquietudes

cadáveres que le espantan,
demonios que le circuyen,
sangre cuyo hedor le ahoga,
la noche que horror infunde.

Y antes que débil el alma
rindiese en su pesadumbre,
exaltado en el delirio
en que su dolor le sume,
volvió exánime los ojos
á las inmortales cumbres,
y vió ante el Señor postrada
de Irene la imágen dulce,
que ya olvidando á su muerte
sus negras ingraticudes,
de su perdón en demanda
de Dios á los pies acude...

¡Bien haya amén la sombra desterrada
que con tan noble empeño
á expiar sus ensueños condenada
la causa adora de su amante ensueño!

Bien hayas tú, la que el amor intenso
de los buenos granjeas;
cuantos queméis á la virtud incienso
conmigo prorrumpid:— «¡Bendita seas!»—

¡Ah! tal vez vengan nuestros pies siguiendo
en lúgubre bandada,
cuantos fueron la huesa trasponiendo
al golpe atroz de nuestra injusta espada.

Roncos tal vez los seres de otro mundo
junto á nosotros gimen
y como Irene con amor profundo
nuestros delitos con su prez redimen.

Sí, desbandados por el fácil viento,
ya acaso sin enojos
gimen al són de nuestro mismo aliento,
ven con la luz de nuestros mismos ojos.

Y si el rencor tras de la huesa fría
con tanto amor se paga,
¡cuánto la luz de la existencia mía
el yerto soplo de la muerte apaga!

Sonriéndose el Eterno
con celestial mansedumbre,
en santas aclamaciones
acorde el cielo prorumpo;
y de su gracia impulsado,
sobre arrebolada nube
delante de Irene un ángel
á dar el perdón acude

al alma, que atribulada
con tétrica incertidumbre,
ya de la cárcel terrena
rompe los lazos comunes.

Y poco después se vieron
sobre los aires azules
de Irene y don Luís las sombras
rodeadas de eternas luces,
y mostrándolas alegre
la patria de los querubes,
gloriosamente en sus manos
á entrambas el ángel sube.

SONETOS

I

EL DESCREIMIENTO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Más que la luz de la razón humana,
amo la oscuridad de mi deseo,
y más que la verdad de cuanto veo,
quiero el error de mi esperanza vana.

Tenéis razón, hermosa Soberana,
que no sé cuándo dudo y cuándo creo;
si hoy, comparado á mí, todo es ateo,
tal vez de todo dudaré mañana.

Entre creer y dudar, mi alma indecisa
mientras pasa esta vida de quebranto,
que es eterna en dar fin, yendo de prisa,

El dudar y el creer confundo tanto,
que unas veces mi llanto acaba en risa,
y otras veces mi risa acaba en llanto.

II

LA DUDA

Tanto quiero creer, que no te creo,
dicha y tormento de la vida mía;
veo tu amor tan claro como el día,
mas lo nubla una cosa que no veo.

¡Cuando mis dudas en tu frente leo,
á poderte matar, te mataría!...

¡Oh, cuán desesperada es mi alegría,
que lo que adoro aborrecer deseo!

¡Santa virtud, consolador olvido,
dadme el candor de ver, como hombre honrado,
que soy con honradez correspondido!

¡Quítame, Amor, la duda que me has dado,
pues más que no creer siendo querido,
quisiera tener fé siendo engañado!

III

LA VIDA HUMANA

Velas de amor en golfos de ternura
suelta mi pobre corazón al viento,
y encuentra, en lo que alcanza, su tormento,
y espera, en lo que no halla, su ventura.

Viviendo en esta humana sepultura,
engañar el pesar es mi contento,
y este cilicio atroz del pensamiento
no halla un linde entre el genio y la locura.

¡Ay! En la vida ruín que al loco embarga,
y que al cuerdo infeliz de horror consterna,
dulce en el nombre, en realidad amarga,

Solo el dolor con el dolor alterna,
y si al contarla á días es muy larga,
midiéndola por horas es eterna.

IV

CATÓN DE ÚTICA

Rasga en su pecho el *último romano*,
y exclama, deshonrando su memoria:
—Sueño es la libertad, humo la gloria,
y la austera virtud un nombre vano.—

Detén, Catón, la temeraria mano,
que en huir del dolor nunca hay victoria;
fiel á ese pueblo, mártir de la historia,
muere, si hay que morir, cara al tirano.

Torna á ganar la libertad perdida;
vuelve hacia Roma, y cuando hieran, hiere;
si cae la virtud, caiga vencida

¿Quién su deshonra á su dolor prefiere?
en las batallas de la humana vida
sólo se mata el vil, el noble muere.

V

LOS EGOISTAS

Por no amenguar sus brillos celestiales,
los lanza el alto y los rechaza el bajo,
porque achican su horror huéspedes tales.

(14. — Canto III del *Infierno*. — Traducción del marqués de la Pezuela.)

Vegeta sin sufrir, vive en mal hora,
amigo infiel y cómodo enemigo,
que, egoista, jamás llevas contigo
la pena del tormento que se adora.

De premio indigna tu virtud traidora,
ni dignas son tus faltas de castigo;
y no hallas en la tierra un sólo amigo
á quien decir ¿qué tienes? cuando llora.

Vos, los que agenos de placer y duelo,
vais dando, sin amar ni ser amados,
abrazos sin calor, besos de hielo,

Morireis sin virtud y sin pecados,
y siendo despreciables para el cielo,
sereis en el infierno despreciados.

VI

LOS CELOS

Ya á traición, ya á traición, en el costado
me hiciste, infame, la mortal herida,
y subo este calvario de la vida
el corazón de espinas coronado.

Nombre maldito á un tiempo y nombre amado
¡quién pudiera no amarte maldecida!
¡Dichoso aquel que indiferente olvida,
y puede perdonar y es perdonado!

¡Vil homicida del amor más tierno,
que llesves quiera Dios siempre contigo,
después de un grande amor, un odio eterno;

Y mueras inconfesa, y por castigo,
odiándome y odiada, en el infierno,
adonde iré por tí, vivas conmigo!

VII

AMOR CONYUGAL

Caer al río el viento un nido deja,
y al verlo un ave, en pos vuela piando,
porque dentro, sus huevos empollando,
flota embarcada la infeliz pareja.

Con el nido que, hundiéndose, se aleja,
naufraga el ave fiel que va criando,
y el esposo, después vaga exhalando
de árbol en árbol queja tras de queja.

Creciendo sin cesar su pío, pío,
donde el nido se hundió los ojos clava,
como diciendo así:—¡Pobre amor mío!—

Y un día, al fin, que su dolor se agrava,
se esfuerza, vuela, muere, cae al río,
se sumerje, suena algo... y todo acaba.

VIII

AMAR Y QUERER

A la infiel más infiel de las hermosas
un hombre la quería y yo la amaba;
y ella á un tiempo á los dos nos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.

Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas.

De su favor ya en vano el aire arrecia;
mintió á los dos, y sufrirá el castigo
que uno la dá por vil, y otro por necia.

No hallará paz con él, ni bien conmigo:
él, que sólo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.

LX

EL BUSTO DE NIEVE

De amor tentado un penitente un día
con nieve un busto de mujer formaba,
y el cuerpo al busto con furor juntaba,
templando el fuego que en su pecho ardía,

Cuanto más con el busto el cuerpo unía,
más la nieve con fuego se mezclaba,
y de aquel santo el corazón se helaba,
y el busto de mujer se deshacía.

En tus luchas ¡oh amor de quien reniego!
siempre se une el invierno y el estío,
y si uno ama sin fe, quiere otro ciego.

Así te pasa á tí, corazón mío,
que uniendo ella su nieve con tu fuego,
por matar de calor, mueres de frío.

X

LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un enjambre de pájaros metidos
en jaula de metal guardó un cabrero,
y á cuidarlos voló desde el otero
la pareja de padres afligidos.

—Si aquí, dijo el pastor, vienen unidos
sus hijos á cuidar con tanto esmero,
ver cómo cuidan á los padres quiero
los hijos por amor y agradecidos.—

Deja entre redes la pareja envuelta,
la puerta abre el pastor del duro alambre,
cierra á los padres, y á los hijos suelta.

Huyó de los hijuelos el enjambre,
y como en vano se esperó su vuelta,
mató á los padres el dolor y el hambre.

XI

LOS HIJOS Y LOS PADRES

A mi sabio amigo D. Antonio María Segovia

Ni arrastrada un pastor llevar podía
á una cabra infeliz que oía amante
balar detrás al hijo, que, inconstante,
marchar junto á la madre no quería.

—¡Necio!—al pastor un sabio le decía,
—al que llevas detrás, ponle delante;
échate el hijo al hombro, y al instante
la madre verás ir tras de la cría.—

Tal consejo el pastor creyó sencillo,
cogió la cría y se marchó corriendo
llevando el animal sobre el hatillo.

La cabra sin ramal los fué siguiendo,
mas siguiendo tan cerca al cabritillo,
que los piés por detrás le iba lamiendo.

EPITAFIOS

I

SOBRE LA TUMBA DE D. JOAQUÍN FERRERES

Tanto Ferreres hermanar sabía
la caridad con la altivez romana,
y, en consorcio feliz, tan bien se unía
en su alma de Catón su fe cristiana,

Que, si en buscar con su linterna un día
algún hombre, otro Diógenes se afana,
vendrá á esta tumba, y al leer su nombre,
exclamará en su honor:—¡Este era el hombre!—

II

SOBRE LA TUMBA DE LA SRA. DOÑA CARMEN
ARANA DE GARCÍA, SU HIJA JULIA

Mientras de unirme á tí se acerca el día,
tu amor recuerdo y tu virtud imito;
tu virtud, que era inmensa, madre mía,
y tu amor maternal, que era infinito.

III

PARA EL SEPULCRO DE MI ABIJADO
MARIANO DE LA PAZ ORDOÑEZ Y GARCÍA

Bajó del cielo á ver la luz del día,
mas, sintió tanto los humanos duelos,
que, sin cumplir medio año todavía,
nació... vió el mundo... y se volvió á los cielos.

EPÍSTOLAS

PRIMERA

Á MI MADRE

Miedo me dá el pensar lo que en mí siento,
y por eso en sus males, importuno,
sólo sabe ir á tí mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
ya sé que están en nuestra humilde casa
todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastren, como yo, su dicha escasa
con católica fe, con pecho fuerte;
que la vida es cruel, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
de vivir esa vida de alegría,
que no muere en el día de la muerte.

¿Quieres saber mi historia, madre mía?
¡Ay! Si el saberla yo me dá tormento,
el contártela á tí, ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi lamento;
por eso hoy busca tu materno lado,

pues sabe bien tu natural tristeza
que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
perdí con la esperanza la energía,
y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,
que por tu hermosa senectud te juro
que, á no vivirme tú, me moriría.

De tanto sér como encontré perjuro,
ya dejo hasta el recuerdo, que maldigo,
por tu amor siempre grande y siempre puro

Desde este día á tu mejor amigo
ya no le importa oscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriendolo contigo.

Del alma, que consagro á tu memoria,
presto los males curará la muerte,
desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
me dará poco á poco ese desvfo,
que la tristeza en hábito convierte

Buitre de las pasiones, el hastío
con sordo afán mi corazón devora,
y el pecho se me queja á pesar mío.

Mas así iré viviendo hora tras hora
hasta que ponga fin á mi existencia
aquel Dios que es más Dios del sér que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia,
mientras llega ese fin, dar á mi mente
la angustia que se abisma en la paciencia.

maniático de tí, mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,
abre tu corszón á sus gemidos,
por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huídos,
mi mano sofocando la agonía,
del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
aquel dulce mirar con que afrentabas
al sol de otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas entonces me augtrabas,
mientras viendo nacer mis sentimientos,
con el alma en los ojos me mirabas!

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡cómo, en recuerdo de tan bellos días;
hoy te besan los pies mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,
como es la voz del alma tu mirada,
¡qué de cosas, callando, me decías!

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
dejaré deslizarse mi existencia
en tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mi dolor me das paciencia,
pues siempre con tu imagen me acompañas,
confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,
la infernal lobretez trocando en cielo,
del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,

¿Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, qué /ay! darías sus arrugas viendo,
de esos que dais las madres solamente!

Mas concluyo esta carta, porque entiendo
que lo mismo que á mí cuando te escribo,
te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
que es psgar con un /ay! con mucho exceso
la ruín parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,
para estampar en tu anchurosa frente,
además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
á darte voy cuanto tu amor desea,
que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
de mi vida los últimos alientos
besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
cuantas horas los días han tenido,
tuve yo para tí de pensamientos.

Adiós, mi santo amor: tú siempre has sido
el ángel para mí de las mujeres;—
recuerda sin cesar que no te olvido,
y escribeme á menudo que me quieres.

SEGUNDA

EPÍSTOLA MORAL

Á D. F. F. GOLFÍN

Aunque ausente de tí, Golfín, amigo,
presa feliz de tu inmortal memoria,
dejo el mundo, entro en mí, y hablo contigo.

Y al recordarte mi doliente historia,
daré consejo á tus precoces canas,
diadema de tus días y tu gloria.

Mis esperanzas ¡ay! fueron tan vanas,
tanto el placer de la ciudad me bastía,
que ni de ser feliz tengo ya ganas.

Trueca tu vida por la vida mía,
ó pagarás, cual pago, la flaqueza
de creer de la corte en la alegría.

¿Ves la dicha mayor de la grandeza?
Pues es mucho más grande y más risueño
el goce con que sueña la pobreza.

¿Y qué vale el ser grande, si al pequeño
en premiar su martirio se desvela
el alto cielo en su aparente sueño?

Al campo por salud mi mente vuela,
que el mal de corte, que se llama hastío,
¡ay! como el viento del sepulcro hiela.

Hoy, como ayer y siempre, amigo mío,
que te lleve con fruto, á Dios le ruego,
las muchas bendiciones que te envío.

Alabado ya Dios, te escribo, y luego
llevo el pródigo afán de mis amores
al huerto que he plantado, y que ahora riego.

Y después, convertidos en olores,
el viento, al despertar, me vuelve y cuenta
gratisísimos mensajes de las flores.

Créeme, Gólfín; sólo la paz se asienta
aquí donde la envidia no asesina
con su mirada de Caín sangrienta.

Todo en la corte á la ambición inclina,
como el mar, con sus bráscas tempestades,
las almas de los débiles fascina.

¿Qué brota esa Babel, sino maldades,
para el que son, de intemperancia ajeno,
un poblado desierto las ciudades?

Un mes hará que de cuidados lleno,
te dejé donde atroces las pasiones
prueban el hierro, el fuego y el veneno.

Y ya henchido de impuras ambiciones,
como arrastra la arena, va arrastrando
el viento del desierto las naciones.

¡Cuánto Nerón la libertad va alzando,
conforme va sus hierros, oprimida,
al rostro de los siglos arrojando!

Ven donde el aura á respirar convida
en la parte del bosque más oscura,

alientos de salud, soplos de vida.

Deja del mundo la región impura,
que casi de rodillas te lo pido
por nuestros cortos días de ventura.

Lucharás como yo, y al fin, rendido,
cual cae helado con la noche el viento,
tu espíritu vital caerá abatido.

¿Quieres decir que es de un cobarde aliento,
cuando el ocaso de la edad avanza,
buscar desesperado el ais'amiento?

Mas ¿qué valor á resistir alcanza
los humanos dolores sin medida,
las desdichas que matan la esperanza?

De tanto batallar mi alma rendida,
sin pena ni placer, deja impasible
estas tristes riberas de la vida.

¡Subir para caer! ¡Destino horrible!
¡Qué lástima dá á un alma generosa
ver á un hombre luchar con lo imposible!

Porque el genio mayor ¿es otra cosa
que un insecto que vive recorriendo
la vasta soledad de alguna rosa?

Obediente á mi voz, ya te estoy viendo
de la ambición del mundo y de tí mismo,
como quien huye de su sombra, huyendo.

Aléjate de ese antro, en cuyo abismo,
tras la esperanza, hasta la fe arrojamos,
y la santa pasión del patriotismo.

Y en tanto que aquí paz juntos hallamos,

que sirvas, ruego á Dios, con buena estrella
la patria en que sufrimos y gozamos.

Esa patria, Golfín, siempre tan bella,
que al recordar su no sé qué divino,
hace llorar al que se ausenta de ella.

Díle ya al mundo adiós; que es desatino
loco sufrir todo el azar que encierra
ese anónimo eterno del destino.

Y á quien sirve al azar, rey de la tierra,
sin gozar del presente ni el pasado,
la execración del porvenir le aterra.

Vive así, si esto es vida, atormentado
tu corazón, que es bueno entre los buenos,
en su ataúd de carne aprisionado.

Yo, entretanto, por valles siempre amenos,
de la calumnia me traeré, escondido,
si nunca caridad, silencio al menos.

Perdón hasta á mis émulos les pido,
que há tiempo que en las copas de las flores
bebí de mis venganzas el olvido.

Hastiado de placeres y dolores,
sólo amo de las selvas la espesura,
amor que curó en mí locos amores.

¡Qué honda es la paz cuando la noche oscura
deja caer, por entre sombras, yerta
la luz de los amores sin ventura!

¡Qué dulce es aquí el aura, cuando incierta
hace un ruido, en los árboles fluyendo,
que aduerme, y cuando aduerme no despierta!

Ven, y felices á tus hijos viendo,
la muerte aguardarás que nos espera,
espectro que se acerca y va creciendo.

Y al lado de la dulce compañera,
que, enseñándote á creer, tu fe asegura,
porque nunca el que cree se desespera,

Labrando seguireis vuestra ventura,
con el amor juntando la inocencia,
y uniendo la virtud á la ternura.

Que el bueno sabe bien por experiencia
que el que quiere tener sueños dorados,
purifica primero su conciencia.

¡Cuán venturosos son, aunque olvidados,
sin saber lo que es gloria ni riqueza,
los pastores que van por estos prados!

Hay gente tan dichosa en su pobreza
que con escaso abrigo y pan tasado,
no recuerda ni un día de tristeza.

Mas tú vendrás, por el dolor guiado,
como las aves van, emigradoras,
á un país que no han visto y que han soñado.

Verás que en estas playas seductoras,
si ajena de placer se pasa alguna,
vacías de dolor corren las horas.

¡Oh carga del poder, siempre importuna!
dando aquí Dios su gracia por consuelo,
¿qué se nos marcha al irse la fortuna?

¡Bendigamos al sol que ilustra el cielo,
que hace flores brotar á las arenas,

árboles á las rocas, fruto al hielo!

¡Nombre infausto el de corte, que las penas
recuerda, así como los ecos vanos
recuerdan al esclavo sus cadenas!

Reina aquí el Dios que trajo á los humanos
el mando dulce, la incruenta gloria,
fe sin superstición, psz sin tiranos.

Ven, y mata con tiempo tu memoria,
mucho antes que tu nombre eche la suerte
á ese lago de sangre de la historia.

Por no verme, Golfín, cual podrás verte,
ya he puesto entre la corte y la pradera
una ausencia absoluta cual la muerte.

Que venga yo á expirar, el cielo quiera,
donde al morir, zagalas y pastores,
se sienten tristes por la vez primera.

Y dejad que entre tanto, sin dolores, ¶
donde olvidado ya, todo se olvida,
me sobreviva á mí cogiendo flores.

Mas ¡ay! bien pronto á esta mansión querida
te arrastrará la edad, pues cautamente,
sin más que andar el tiempo, obra en la vida.

¡Siempre contigo, aunque de tí me ausente,
herido el corazón, más todo entero,
te dará su amistad eternamente;
que nada inspiras tú precedero!

EPÍSTOLA NECROLÓGICA

DIRIGIDA AL SEÑOR MARQUÉS DE MOLINS,
DIRECTOR DE LA REAL ACADEMIA
ESPAÑOLA.

DON LUÍS GONZÁLEZ BRABO (1)

No quisiera escribir, Marqués amado,
la vida del ilustre consejero
del principio y del fin del gran reinado.

¿Qué he de decir del noble compañero
que adoró lo pasado con vehemencia,
mientras yo amé con fe lo venidero?

Estoy pronto, Marqués, á la obediencia:
mas ¿no es hacer á la razón agravios
que escriba yo una epístola sin ciencia,

(1) El Reglamento de la Academia Española dispone que cuando fallece un Académico numerario escriba su necrología otro individuo de número.

El autor encontró más fácil y más cómodo escribirla en verso que en prosa.

La Academia encargó al Sr. Ferrer del Río las notas para mejor inteligencia del texto.

Cuando pueden honrarle con sus labios
Canalejas, Molins, Ferrer del Río,
Plutarcos de valer de tantos sabios?

Su talento sabrá, mejor que el mío,
pintar sucesos tristes ó risueños,
que yo he olvidado, ó de que ya me río.

¡Qué bien hace el que imita á los pequeños!
Mientras buscó el poder, otros buscaban
sus libros, sus quimeras y sus sueños;

Y, cuando más sus alas se elevaban,
más ante él unas dichas engañosas,
como Itaca ante Ulises, se escapaban.

Pues yo sólo sé de él, entre otras cosas,
que tuvo una mujer hermosa y buena,
y tres hijas discretas y donosas (1),

Con su mucha bondad, de encanto llena,
Escosura, Oliván, Ochoa y Puente,
que hacen su gloria de aumentar la ajena,

Pueden decir con ánimo indulgente
si fué un hombre de estado, el que en su vida
nunca supo ser frío interiormente;

Y si su fe, por la pasión vencida,
por no ser más tenaz, cayó en el yerro
de verse en inconstancia convertida,

(1) Contrajo matrimonio con la señora doña Joaquina Romea, hermana del eminente actor de este apellido, de la cual dejó tres hijas, Luisa, Leonor y Blanca.

Jamás en el poder, ni en el destierro,
pudo pasar, como otros, su existencia,
con dos ó tres propósitos de hierro.

Yo declaro que creo en mi conciencia
que por orden fatal de su destino
siempre hubo en él más genio que prudencia.

Dotado de pasión y estro divino,
fué común en su olímpica oratoria
el hacer de una idea un torbellino.

Marqués, puesto que saben de memoria
Guerra, Hartzenbusch, Cañete y Juan Valera,
lo que sueña, al dormir, la humana historia,

Que pinten describiendo su carrera
(mejor que quien tan poco en esta vida
los peldaños gastó de su escalera).

De su fortuna la ilusión perdida;
la ingratitud siguiendo á su desgracia;
su rápido subir; su gran caída;

Su salud á la *joven democracia* (1);
su *Guiriggy* (2), que de juzgar me abstengo
por dudar de su mérito y su gracia.

¿No tienen más saber que el que yo tengo

(1) Alusión á una frase de su discurso en el salón del Teatro Real, á raíz de la Revolución de 1854, en la misma junta en que Castelar se dió á conocer como orador.

(2) Alude al periódico llamado así, que González Brabo dió á luz en 1839, y en el cual usó el pseudónimo de *Ibraím Clarete*.

Cutanda, Rivas y Manuel Silvela,
tan doctos por derecho de abolengo,

Para historiar, desde la misma escuela,
la vida de nuestro héroe, más variada
que la misma ficción de la novela?

Y como amigo fiel y camarada,
¿no miráis á Pezuela á vuestro lado,
del último borbón primera espada,

Que lo tuvo en Ardoz como soldado (1),
y que sabe que fué su vida entera
un riesgo eternamente transformado?

Él decirnos podrá de qué manera
defendiendo á León, una memoria
dejó en el mundo grande y duradera (2).

Y, con ejemplos de su misma historia
dirá también qué obcecación es esa
que el poder equivoca con la gloria,

Y que, en su anhelo, de aspirar no cesa

(1) Viniendo de Cataluña en calidad de secretario del general Serrano, éste le envió con una comunicación para el general Narvaez. Por esta casualidad se halló en la acción de Torrejón de Ardoz, acaecida, como todos saben, en 1843.

(2) Como capitán de Cazadores del octavo batallón de la milicia ciudadana fué de los que más excitaron al Ayuntamiento de Madrid, en 1840, al pronunciamiento de Septiembre; y profesando todavía las mismas ideas, escribió la defensa del Conde de Belascoain, é hizo particularmente cuanto pudo por excitar á sus compañeros á favor del procesado.

á un renombre que llega solamente
á dos pies más allá de nuestra huesa.

¡Cuán poco piensa en general la gente
que, excepto lo que amamos y nos ama,
es el resto del mundo indiferente!

No respondáis á la ambición si os llama.
Nos causan menos mal nuestras flaquezas,
que esa idea maldita de la fama.

¡Dichoso el que desprecia las grandezas,
y vive con su mesa abastecida
de queso, pan, legumbres y cerezas!

Podía con su gracia sin medida
describirnos Segovia al poderoso
que subió, sin pensar en la caída,

Y también unos años de reposo
en que espejo fué á ser de embajadores,
siendo en Lisboa y Londres venturoso (1);

Y, al fin de este descanso en sus dolores,
cual sabio embajador, decirnos Cueto
cómo ha seguido Ulises sus errores.

(1) Inopinadamente se le vió de Presidente del Consejo de ministros á principios de Diciembre de 1843, para llevar el acta Real de acusación contra D. Salustiano Olózaga á las Cortes, y al sucederle el Duque de Valencia, en la primavera siguiente, se le nombró embajador en Lisboa. A fines de 1856 fué con igual categoría á Londres. Por muerte del Duque de Valencia, el 23 de Abril de 1868, subió de nuevo á Presidente del Consejo de ministros.

Y ¡qué trabajo harían tan completo
Rubí, Tamayo y Adelardo Ayala,
como hijos de Shakespeare y de Moreto.

Si, al recorrer de la pasión la escala,
quisiesen decirnos de qué modo
ahuyenta á la amistad la suerte mala,

Qué es la ambición, que lo trastorna todo,
que en un mundo tan grande y tan pequeño
nada hay debajo de ella, incluso el lodo!

¿Cómo saldré, Marqués, de este arduo empeño
yo, pecador, que á la virtud ultrajo,
la holganza entremezclando con el sueño?

¿Por qué no dais á Olózaga el trabajo,
á quien Brabo acusó, como él decía,
«poniendo su cabeza sobre un tajo?» (1)

¿Fué el vivo acusador donde quería?
El hombre va donde lo arrostra el viento,
y siempre que se mueve, Dios le guía.

¿Cuál de ellos olvidó por un momento
en ansia de mandar arrebatado,
que es la virtud más grande que el talento?

¡Oh sangrientas antítesis del hado!
Muchos años después, lejos de España,
siguió el acusador al acusado,

Y algo llevó en su faz por tierra extraña

(1) Frase suya en el muy borrascoso debate á que dió margen la citada acta en el Congreso de Diputados.

de aquella luz que fulguró en el trecho
que recorrió Moisés por la montaña.

Es tan brutal la autoridad del hecho,
que, aun siendo justa, es la justicia odiosa,
cuando hace entrar en cólera al derecho.

¡Cómo empieza á cubrir la eterna losa
recuerdos tan ardientes y hoy tan fríos!
¡Cuánto rumor para tan poca cosa!

Mas ¿por qué en vez de los tercetos míos
no han de cantar su vida en alto coro
Castelar, Nocedal, Cánovas, Ríos,

Que en este siglo, ante sus lenguas de oro,
con perdón de la Grecia, el gran tribuno
tal vez sería un orador de foro?

Ellos podrán pintarnos, cual ninguno
á ese vulgo que grita imperturbable
¡muera Jesús! porque lo grita alguno,

Y hablarnos de aquel genio inimitable
que en diez discursos repitió la historia
del motín de una noche memorable (1).

¿Qué fué de aquel poder y aquella gloria?
Es ya vano decirlo, aunque no es vano
el dar algún repaso á la memoria.

¿Qué fué de él? Para el cielo soberano
no es un héroe mayor que un hormiguero,
y es lo mismo una flor que el Oceano.

(1) La del 10 de Abril de 1865, llamada vulgarmente por tal circunstancia *Noche de San Daniel*.

Él fué donde, quitándose el sombrero,
fueron reyes también y emperadores:
á pedir pan y paz al extranjero.

Echemos ya sobre su tumba flores.
Calumniado cayó como vencido.

¿Caerán con más honor los vencedores?

De un grande á esta miseria reducido,
¿qué nos queda? Una pálida memoria,
y una sombra de un bien desvanecido.

Si fué ó no justo, lo dirá la historia;
pues no siempre el pendón de los mejores
se lleva en este mundo la victoria.

Y ¿fueron de él tan sólo sus errores,
hoy que al más bravo corazón consterna,
el dirigir á pueblos de habladores?

Faltó en pensar, cual todo el que gobierna
si en la forma (no el fondo) es preferible
el dorio al jonio: la cuestión eterna.

Y ¿faltó en más? No sé; pero es posible.
Él creyó gobernar con los mejores,
perpétua aspiración á un imposible.

Mas lleguemos al fin, que odios y amores
muy pronto un mismo polvo los espera,
confundiendo á oprimidos y á opresores:

Y, suceda en el mundo lo que quiera,
ya sus prados traerá de flores llenos,
como el año anterior, la primavera.

Todos se creen los más y los más buenos,
hasta que viene á revelar la muerte

cuál vale más, esto es, cuál vale menos.

Se humilla al débil y se teme al fuerte,
y el vulgo nunca ve con simpatía
ni á las virtudes ni á la buena suerte.

Siempre pasó lo mismo, desde el día
en que estaba en el mar Sierra Nevada
escondiendo la frente todavía.

¡Luchar! ¡Subir! Y al fin de la jornada
hallar calumnias, decepciones, males...
Debe haber Dios, sino... todo esto es nada.

¿Por qué querrán las leyes inmortales
que sea todo triunfo pasajero
y haya más énemigos que imparciales?

Siendo un león más dulce que un cordero,
ya herido, le acosaron con encono
la envidia y la ambición, el mundo entero.

Pero yo en nombre suyo les perdono,
como él arriba perdonando, cuenta
á los muchos apóstatas del trono.

¡Calcule el alma, de rencor exenta,
lo triste que habrá muerto un gaditano
bajo un sol que ni alumbra ni calienta! (1)

¡Premie el cielo dolor tan sobrehumano,
cuando el mérito pese de este dueño

(1) Don Luís González Brabo, hijo de don Manuel y de doña María Antonia López de Arjona, natural de Granada, nació en Cádiz el 8 de Julio de 1811, y fué bautizado el 10 en la parroquia de San Antonio de dicha ciudad.

el que pesa los astros con la mano!

Halló en Biarritz, por fin, su desconsuelo
la postrera estación de su calvario,
bajo un vaho que en Francia llaman cielo.

Así un liberto, en punto solitario,
á Pompeyo enterró bajo la arena,
con la ayuda de un pobre legionario.

Morir en el destierro es grande pena;
mas nos marca la entrada y la salida
el que saca los siglos á la escena.

Una tragedia griega harto sabida:
—«Volved» dice «los ojos ¡oh mortales!
hacia el último día de la vida.»—

¡Qué rancias vanidades terrenales!
Cuando se va á morir todo es locura,
y verdades y sueños son iguales.

Murió; pero nos dice la *Escritura*:
—«No lo busque entre muertos quien lo llora,
que está lleno de vida allá en la altura»—

Está en la altura, el que ya sabe ahora
lo que le dice el río á su ribera,
el mar al sol y el pájaro á la aurora;

El hombre que al llegar su hora postrera:
—«¡Mis hijas!» exclamó «¡Perdón, Dios mío!»—(1)

(1) Palabras de González Brabo en el acto de morir en los brazos de dos amigos y dentro del coche de uno de ellos, en el cual acababan de salir de noche para respirar alguna frescura.

la última hora es la existencia entera.

Y después de este fin solemne y pío,
que haría merecer la santa palma
á toda una existencia de extravío,

Porque el cielo le dé la eterna calma
recemos hoy con corazón ferviente,
cual por nosotros rogará su alma
á la diestra del Dios omnipotente.

MADRIGALES

I

Á B.

—Relámpago es el genio; á su destello,
lo triste causa horror, lo bello es bello;
cuando luce ante el sol, el día alegre,
la noche ante su luz se hace más negra. —

Esto tu madre te contaba un día,
y al contártelo así, decir quería
que, si en un alma, cual la tuya, encanta,
en un mal corazón el genio espanta.

II

Á N.

Me asomé cierto día,
y apenas me asomé, Natalia mía,
ví atmósferas más anchas y más bellas
que esos campos cerrados por estrellas;

caos de irresistible devaneo,
de miedo, de inocencia y de deseo,
donde el término á ver jamás se alcanza
de la dicha, el placer y la esperanza.

Abismo que me atrae fascinado,
como atrae la muerte á un desgraciado,
allí mi alma aspiró, de encanto llena,
un néctar delicioso que envenena:
y allá dentro miré tímidamente,
como mira el que tiene el sol enfrente,
mil sombras, que dejaron por despojos
almas que en lo hondo asesinó tu encanto...

¿Que adónde me asomé para ver tanto?
Me asomé... á las ventanas de tus ojos.

III

Á M. L.

Cantar quise tus ojos, Luisa mía,
mas fué gentil quimera:
¿cómo su lumbre retratar podría,
si de esos ojos, que contar quisiera,
nadie el color ha visto todavía?

IV

Á M. B.

Tanta virtud tu corazón inspira,
que piensa el vulgo, de entusiasmo lleno,
que, al mirarlo tan bueno,
el mismo Dios que lo crió lo admira.

V

Á L.

No sé por qué alaban tanto
tu hermosura y gentileza,
pues yo, Luz, en tu belleza
veo tu menor encanto.

Te juran por lo más santo
que tu hermosura enamora;
mi fe, que tanto te adora,
por lo más santo te jura
que, aparte de la hermosura,
eres, Luz, encantadora.

VI

QUIEN CANTA LLORA

EN UN ÁLBUM

Alegra el ruiseñor las espesuras
cuando canta el dolor de sus venturas,
en tanto que la tórtola las llena
con la eterna alegría de su pena.

Más triste que la de ambos es mi suerte,
Pilar, por conocerte;
ruiseñor que te canto si te miro,
tórtola, si te pierdo, que suspiro,
cuando imagino ó sueño en tu belleza,
canto de mis placeres la tristeza;
mas cuando pienso ó sueño
que tienes otro dueño,
como tórtola fiel, deshecho en llanto,
las alegrías de mis penas canto.

VII

Á NATALIA Y A GONZALO SEGOVIA

EN SUS BODAS

No ví más gentil doncella
ni más apuesto doncel,
ni más envidiosas de ella,
ni más envidiosos de él.

LAS ESTACIONES

Joven, pensé, pero pensaba en vano;
ya viejo, no sé amar lo que amar quiero:
Trae rosas Abril, fruto el verano,
hojas secas Octubre, escarcha Enero.

Tal es la fuerza del destino humano;
lo que ha de ser después, nunca es primero,
espera la niñez, el joven quiere,
piensa el adulto, y la vejez se muere.

ROMANCE

(DEL ROMANCERO DE LA GUERRA DE ÁFRICA)

ASUNTO

Resuélvese la expedición á Tetuán.—Apertura del camino.—Noche Buena en el campamento.—Combate del 25.

¡Gran presidio de presidios,
África, en mónstruos feraz,
que un día llevaste al orbe
la coyunda universal!
Hoy tu gloriosa barbarie
mata por siempre jamás
el mundo con su desprecio
y Dios con su voluntad.
¡Esa tienda, que brilla
como un cisne sobre el mar,
un consejo de valientes
que preside un general,
decide sobre tu suerte,
pueblo, que maldito estás,

aún después que Jesucristo
vino la tierra á amnistiarse!

Por eso, aunque en nuestro campo
alguno empiece á cantar:

— Esta noche es Noche Buena... —

no suele escucharse más,
porque en confuso tropel
vienen la estrofa á trincar,
la lluvia, el viento, el cansancio,
y porque está cada cual
á la tienda del consejo
mirando con ansiedad,
y en vez de cantar, murmura:
— ¿Qué será, qué no será?... —

Mucho al cielo y al infierno
debe esta causa importar,
pues representando de ambos
la paciente eternidad,
dos sombras del otro mundo
rondando la tienda están:
la una augurio del bien,
genio la otra del mal.

Y mientras tanto que, activo,
el gran moro Satanás,
asomándose á la tienda
mira aquí y escucha allá,
y esto en silencio medita
con desesperado afán,
¿en cuántos cuerpos sin alma

va á España un alma á crear ,
volviendo al mundo la sombra
del gran rey de Portugal
que, en el África muriendo,
arrancó á Herrera aquel ¡ay!
murmura en torno á la tienda,
cual voz de duelo eternal:
—¡Valor! ¡y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!—

—Esta noche es Noche-Buena...—
vuelve á decir el cantar;
mas vuelven á interrumpirle
la lluvia y el vendaval,
y también la incertidumbre
con que, en patriótico afán,
este diálogo pasando
de un puesto á otro puesto va:
—¿Qué población la primera
iremos á cristianar?

—Rabat, dice uno; otro, —Arcilla;—
—Tánger, —éste; aquél, —Tetuán, —

Mas en torno de la tienda,
en silencio sepulcral,
tan sólo giran las sombras
del diablo y don Sebastián,
y hasta de los centinelas
el—¡alerta! ¡alerta está!—
va despertando el silencio,
para que se duerma más.

Y vuelve á oirse á lo lejos
el estribillo vulgar
de—esta noche es Noche Buena...—
y vuelve á no oirse más;
hasta que, abierta de pronto
la tienda del general,
saliendo el bravo Quesada,
dice, acabando el cantar:
—Esta noche es Noche Buena...
porque vamos á Tetuán.—
—¡Á Tetuán!—voz que, pasando
desde el cabo al general,
de éste á aquél, de aquél al otro,
del otro al de más allá,
del valle asciende á la cumbre,
de la cumbre baja al mar;
discurre de tienda en tienda
y de vivac en vivac;
y cambiando la consigna
del—¡Alerta! ¡Alerta está!—
la voz de los centinelas
—¡á Tetuán! dice, ¡á Tetuán!—
—¡Ay!—rencoroso un suspiro
dando al viento Satanás,
—¡ay de la ciudad sagrada!—
grita de aduar en aduar;
á cuya alarma los moros,
como una turba infernal,
con ese ciego valor

que raya en temeridad,
nuestras trincheras asaltan
con una fiereza tal,
que fueran ellos los héroes,
si otros no lo fuesen más.

¡Oh, sí, sí, según se batan,
aún acordándose están
que han bebido agua del Tajo
esos sectarios de Alá!

Mas vanamente al destino
quieren, cual siempre, afrontar,
pues cuando el destino llega,
todo lo demás se va,
y así es que dando á los moros
recuerdos del Cardenal,
les dice la artillería:

—¡Hijos de Tarif, atrás! —
Y á un—¡viva Isabel Segunda!
alto, fiero, universal,
que en su tumba á la Primera
hizo de gozo saltar,
á bayoneta calada
después con más claridad,
repite la infantería:

—¡Atrás! ¡mucho más atrás!

Y entre tanto que Zamora
los empieza á acuchillar,
y por el centro la Albuera
los va llevando hacia allá,

Barcelona por la izquierda,
con gran generosidad,
les deja elegir la muerte
entre la espada y el mar.

—Uno -dos -veinte—cuarenta,
ochenta... ¡qué mortandad!
con estos y con los otros,
por Dios, que empiezo á pensar
que así, cual del Guadalete,
dice un sabio musulmán:
—¡El Dios que los ha criado,
los puede sólo contar!—
—Vencísteis con la bravura
de un nuevo Gran Capitán,—
dijo al general Quesada
el Capitán general.

Y mientras que aún los moros
se batien, pero hacia atrás,
juntando á los zapadores,
dice Prim:—¡Paso á Tetuán!—
y bajando de repente
á peón, de general,
venciendo como á los hombres,
la tierra, el viento y el mar,
—Haced de ese monte un llano,
y adelante, ¡voto á San...—
dijo alzando aquella espada
que hiere una vez no más.

A su voz los zapadores

hacen la tierra temblar,
y abren á un bosque una senda
que el sol no ha visto jamás,
por donde la tropa marcha
al Africa, á quien va á dar
por tantos siglos de oprobio
fe, cultura y libertad.
Y al partir, para barrer
ese inmenso lupanar,
O'Donnell ríe, Prim vota,
llora y jura Satanás;
y esto en sueños dice Ros
que habló con don Sebastián:
—¡Valor! ¡y á Alcázar-Quivir,
y á Guadalete vengad!
—¡Salve, ¡oh rey! Guad-el-Jelú
su Guadalete será!
—¿Nos veremos?— Nos veremos.—
¿Cuándo?— El seis.—¿Dónde?— En Tetuán

A C.

Dices que en mi faz revelo
aires de perdida calma;
tú harás lo mismo, Consuelo,
cuando hagas, como yo, el duelo
al cadáver de tu alma.

TRANSFIGURACIÓN

La vida es gota del cielo,
que baja el cieno á formar,
después se filtra en el suelo
y vuelve pura á la mar.

EL PERDON

Mientras viva, está de más
que tú la hayas perdonado;
¡El aspecto del pecado
no nos perdona jamás!

EFECTOS CONTRARIOS

Tal vez con el mismo afán
muertos y vivos se quejan;
allá por los que se dejan,
y aquí por los que se van.

COMPAÑÍA ETERNA

Siempre por causa de tí
la amada soledad pierdo,
pues me sigue aquí y allí
tu nombre, fuera de mí;
dentro de mí, tu recuerdo.

LOS CELOS CAUSAN OLVIDO

Hallé en su sepulcro un día
flores que yo no arrojé;
y al ver tan negra falsía,
su alma, que era la mía,
junto á su cuerpo enterré.

DEL ALMA AL MUNDO

Sabe mi dolor profundo
que la alegría y la calma
no van desde el mundo al alma,
sino desde el alma al mundo.

AMOR Y CELOS

Por todo el mundo no daría
el amor que te tengo todavía:
en cambio, prenda amada,
el que me tienes tú lo doy por nada.

✓ LO QUE ES Y LO QUE PARECE

Si Dios nos mostrase un día
las cosas cual son en sí,
nadie se conocería:
¡ay! ni yo á tí, ni tú á mí.

LA VIDA

La vida que nos encanta
del pasado se arrepiente,
se hastía de lo presente,
y lo futuro le espanta.

HACERSE JUSTICIA

Si uno á sí mismo á juzgar
se fuese á la luz del día,
¡cuánta gente escupiría
sobre su sombra, al pasar!

CELOS DE ULTRATUMBA

¡Pérfida, has muerto, y ya ves,
cuando vengo á visitarte,
que aún lloro, en vez de aplastarte
el corazón con los pies!

LA CIENCIA Y LA RAZÓN

Si el erial de la razón
de flores la ciencia adorna,
la razón en cambio, torna
en erial el corazón.

NO VALE LO QUE CUESTA

¡No sé este vivir maldito
por qué ha de pagarse tanto,
que se compra con el llanto,
y á veces con el delito!

LA CONCIENCIA

La conciencia á los culpados
castiga tan pronto y bien,
que hay muy pocos que no estén
dentro de su pecho ahorcados.

LO MÁS CÓMODO

De que se está, estoy bien cierto,
mejor que de pié, sentado,
mejor que sentado, echado,
y mejor que echado, muerto.



LIBRO TERCERO

FÁBULAS





LIBRO TERCERO

FÁBULAS

SECCIÓN LITERARIA

FÁBULA I

NO HAY GLORIA SIN PENA

LOS JÓVENES Y LA OFRENDA

En un verjel ameno
mil jóvenes sin freno
discurren distraídos,
aquí y allí perdidos.
Uno á otro. de un arranque,
zambulle en un estanque;
y el otro á su vecino
le acuesta en un espino.
Para ellos esculturas
son hórridas figuras;

y así, cual en retablo,
copiando los del diablo,
las pintan sutilmente
un no sé qué en la frente.
Ya sin panza de un taco
me dejan al dios Baco;
y ya á Venus la bella,
tan sin pudor como ella,
por más que se agazapa
haciendo que se tapa,
la hacen que como un charro
fumando esté un cigarro.
Uno al fin sobre Apolo,
travieso como él solo,
mostrando una corona,
esto á todos pregona:
—«Aunque envidias provoque,
del que el extremo toque
de ese cíprés que ondea,
premio esta ofrenda sea.»
—«¡Arriba!»— gritan todos,
corriendo de mil modos:
y en trances infelices,
los ojos y narices,
ya ven de día estrellas,
ya acaso barren huellas,
ya el alto viene abajo
asido del zancajo,
ó ya el más bajo al otro

le monta como á un potro;
hasta que uno elevado,
que más que otros, lo osado
con lo dichoso junta,
tôcó al ciprés la punta,
al fuego que le inflama;
y *ichasc!*... rota la rama,
cayó rápidamente,
haciéndose en la frente,
amén de algún rasguño.
un chichón como un puño.
Cercáronle con prisa
unos fingiendo risa,
y otros mostrando pena
por la ventura ajens;
y vendando sus sienes,
tras de mil parabienes,
por cima de la venda
ciñéronle la ofrenda.

*Dos coronas contemplo
que ha de ceñir el sabio
para alcanzar victoria,
si de la gloria al templo,
despreciando su agravio,
aspira en su delirio:
antes la del MARTIRIO,
después la de la GLORIA.*

SECCIÓN POLÍTICA

FÁBULA I

INSUFICIENCIA DE LAS LEYES

EL REINO DE LOS BEODOS

Tuvo un reino una vez tantos beodos,
que se puede decir que lo eran todos,
en el cual por ley justa se previno:

—*Ninguno cate el vino,*—

Con júbilo el más loco

aplaudíose la ley, por costar poco:

acatarla después, ya es otro paso;

pero en fin, es el caso

que la dieron un sesgo muy distinto,

creyendo que vedaba sólo el tinto,

y del modo más franco

se achisparon después con vino blanco.

Extrañando que el pueblo no la entienda,

el Senado á la ley pone una enmienda,

y á aquello de: *Ninguno cate el vino*,
añadió, *blanco*, al parecer, con tino.
Respetando la enmienda el populacho,
volvió con vino tinto á estar borracho,
creyendo por instinto ¡más que instinto!
que el privado en tal caso no era el tinto.

Corrido ya el Senado,
en la segunda enmienda, de contado,

—*Ninguno cate el vino*,
sea blanco, sea tinto;—les previno;
y el pueblo, por salir del nuevo atranco,
con vino tinto entonces mezcló el blanco;
hallando otra evasión de esta manera,
pues ni blanco ni tinto entonces era.

Tercera vez burlado,
—«No es eso, no señor,» dijo el Senado;
«ó el pueblo es muy zoquete, ó muy ladino:
se prohíbe mezclar vino con vino.»—
Mas ¡cuánto un pueblo rebelado fragual
¿Creeis que luego lo mezcló con agua?
Dejando entonces el Senado el puesto,
de este modo al cesar dió un manifiesto:
La ley es red, en la que siempre se halla
descompuesta una malla,
por donde el ruín, que en su razón no fía,
se evade suspicaz... ¡Qué bien decía!

Y en lo demás, colijo
que debiera decir si no lo dijo:

Jamás la ley enfrena

*al que á su infamia su malicia iguala!
si se ha de obedecer, la mala es buena;
mas si se ha de eludir, la buena es mala.*

FÁBULA II ✓

INSTITUCIONES INÚTILES

EL ARQUITECTO Y EL ANDAMIO

Quitó el andamio Simón
después que una casa hubo hecho,
y el andamio con despecho
exclamó:—«¡Qué ingrata acción!»—

A tan necia exclamación
dijo Simón muy formal:
—«Quitarte antes, animal,
fuera imprudencia no escasa;
mas después de hecha la casa,
¿hay cosa más natural?»—

FÁBULA III

OFICIOS MÚTUOS

EL GATO Y EL MILANO

Desplumaba á una tórtola un milano,
y un gato que gruñendo lo veía,

el hocico lamiéndose, aunque en vano,
— «¡Ah, verdugo!» furioso le decía.
— «Y tú ¿qué eres?» — el ave le contesta.
Calló el gato, ocultando su deseo;
y echándole las garras por respuesta,
— «¿qué he de ser, contestó, siendo tú el reo?» —

*Dotado siempre está de ansia inhumana
cuanto arrojar al mundo á Dios le plugo:
verdugos de hoy, reos serán mañana,
pues el reo de ayer es hoy verdugo.*

FÁBULA IV

EL FALSO HEROÍSMO

EL VETERANO Y EL PASTOR

Volviendo hacia su tierra
un pobre veterano de la guerra,
donde en trances sacó nada felices
un pié de palo y varias cicatrices,
á un pastor que encontró por carambola,
le dijo en tono adusto:
— «¿Cómo entre tanto arbusto
se ve con hojas esta encina sola?» —
El pastor contestó: — «Salió de madre
aquel cercano río,

y estos arbustos deshojando impío,
perdonó sólo á esa gigante encina,
que llaman desde entonces la *heroína*.» —
— «Pues mire usted, compadre,»
replicó el veterano;
«es más digna de encomio la desgracia
de tanto arbusto enano,
que la gloria de ese árbol eminente;
porque no tiene gracia
que no la hollase el bramador torrente,
cuando tan alta levantó la frente.
Soy Juan Fernández, para quiea sin duda
la trompa de la fama ha sido muda;
pues sepa usted que al redactar mi jefe
(que por Dios que era un grande mequetrefe)
las siguientes palabras:
voy á asaltar el muro,
en verdad le aseguro,
como es usted lacayo de esas cabras,
que sólo en lance tal sufrió la mecha
el pobre Juan Fernández en la brecha.
¿Y qué sacó? esta pierna de rebaja.
¿Y el jefe? nada menos que la faja.
Y así porque esta encina
desde hoy no vuelva, con su orgullo necio,
de tanto pobre arbusto con desprecio
á honrarse con el nombre de *heroína*,
ó voto á Dios le rompo la cabeza,
ó me entalla usted esto en su corteza.»

*Porque nació más alta, es más felice;
y porque es más felice, es la HEROÍNA.
¡Cuántos héroes habrá como esta encina!
Juan Fernández lo dice.*

FÁBULA V

LA IGUALDAD

LA COL Y LA ROSA

Una col en un cercado
probaba á una rosa bella
que era tan buena como ella,
y aún de una tierra mejor.
— « Mas aunque de cuna iguales,
dijo un pepino, ¡mastuerza!
¿dejarás tú de ser *berza*,
mientras que ella es una *flor*? —

FÁBULA VI

PELEAR POR UN MISMO FIN

GUERRAS CIVILES

Era un reino infeliz en donde altivo
un partido de *olivo* un dios quería;

y otro partido que en el reino había
pidió el dios de *aceituno* en vez de olivo.
Clamando guerra, en su furor activo
al golpe asolador del hacha impía
fué tumba universal la monarquía;
de un yermo la nación fué ejemplo vivo.

Hecho el dios de *aceituno* á sus antojos,
un partido en sus glorias importuno,
lo encumbró sobre míseros despojos;
hasta que, el dios mirando de *aceituno*,
vieron por fin con desolados ojos
que aceituno y olivo era todo uno.

FÁBULAS VII Y VIII

SALVAR EL HONOR CON FRASES

I

EL GALLO Y LA LIEBRE

Dijo un gallo á una liebre:—«¡Huye cobarde!»
—«¿Cobarde yo?»—la liebre respondía;
pero atisbando á un galgo nada tarde
hasta más no poder, cobarde huía.
—«Espera—dijo el gallo—un *Dios te guarde.*
¿No llamas á eso huir, señora mía?»—
Y antes que el galgo la acercase el morro,
la liebre contestó:—«No *huyo*, que *corro*»—

II

LA LIEBRE Y EL GALLO

Gritó la liebre al gallo: — «¡Anda, medroso!»
— «Como el Cid» — dijo el dueño del serralló
mas viendo no muy lejos á un raposo,
hizo una acción que por medrosa callo.
— «Ten — la liebre exclamó, — gran Cid, reposo.»
— «Pues ¿acaso esto es *miedo*?» — siguió el gallo.
Y al ver que se subía á un parapeto:
— «No — le dijo la liebre, — eso es *respeto*.» —

FÁBULA IX

DESCUBRIR LA HILAZA

LOS ALDEANOS Y EL CAMINANTE

Viendo á unos aldeanos
que ingertaban en robles los manzanos:
— «¿A qué son tan ridículas mixturas?» —
les dijo un caminante,
— «pudiendo á cada instante
comer bellotas, ó manzanas puras?
¿No echais de ver que nacerán, idiotas,
si vuestras esperanzas no son vanas,

ya bellotas que sepan á manzanas,
ya manzanas con dejos de bellotas?»—

*Aunque en roble villano
ingertéis, gran señor, algún manzano,
pese á tanta locura,
al ver sus frutos con un dejo doble,
se ha de saber que tiene vuestra hechura
de manzano la sien, y el pié de roble.*

FÁBULA X

GLORIAS LLOVIDAS

EL MASTÍN Y EL CONEJO

Por la margen de un río iba un conejo
huyendo de un mastín con planta esquivada,
y al verle caer al agua sin consejo;
—«¡Ya le maté!»—dijo con voz altiva.
Formando de conejos un consejo;
—«¡Viva el héroe conejo!» exclama; «¡viva!»

*¡Oh, cuántos deben con llovidas glorias,
á un azar del contrario sus victorias!*

FÁBULA XI ✓

PERCANCES

EL LADRÓN Y EL SARGENTO

(De los reyes con perdón)
oculto en cuanto robaba,
en un árbol se sentaba
como en un trono, un ladrón.
Cogió un sargento al bribón
y al árbol le ahorcó en su encono.
Sepa algún rey en su abono
que á veces Dios, y no es falso,
ya hace un trono de un cadalso,
ya hace de un cadalso un trono.

FÁBULA XII

TIRANÍAS JUSTAS

- «¿Para qué llevas á ese mono? ¡Estúpido!»
(dijo á un oso un lebrel).
.. «Porque el dueño que ves (responde el mísero)
» me hace cargar con él.»
— «Pues rómpele de un trompis los homóplatos»

(el lebrel replicó).

Fué el oso á ejecutarla; pero súbito
miró al dueño y tembló.

— «Muera y no temas (el lebrel famélico
le volvió á replicar);

>no llevara yo en hombros á ese títere
>estando en tu lugar.

>Ser el burro de un mono es muy ridículo
(proseguía el lebrel);

>mata al dueño también, ya que tiránico
>te hace cargar con él.

>Yo sé de pueblos que después que imbéciles
>el oso hicieron bien,

>arrogantes mataron á sus déspotas;
>mátalos tú también.

>O vaya andando, como tú, ese zángano,
>en perfecta igualdad,

>ó sino, tus cadenas rompe heroico;
>¡viva la libertad!> —

Con calma escuchó el dueño esta filípica
sin sentido común,

y, dando un par al oso con el látigo,
dijo: — «¡Valiente atún!

>El oso, el mono, y yo, lebrel sin cálculo,
>hacemos una grey,

>en la cual oso y mono son los súbditos,
>mientras yo soy el rey.

>El oso inepto, por mis reales órdenes,
>va andando con sus pies,

- >y el mono va sobre él, porque su mérito
>nos mantiene á los tres.
>Justo es que sirva á mono tan benéfico
>el oso de alzáñ;
>pues para seres como este oso indómito
>no hay más que *palo y pan*.
>¡A los necios baldón; gloria á los útiles!
>esto manda la ley.
>Agur, señor lebrel: vos, oso bárbaro,
>seguid, y ¡viva el rey!>—
-

Yo no sé si arengó como un estólido
el patriota animal;
pero responda el respetable público:
¿habló el dueño tan mal?...

FÁBULA XIII

UN DAÑO DESTRUYE OTRO

EL DOGO Y LOS DOS LOBOS

—«¡Ay!»—un dogo inocente
exclama triste en el confuso idioma
que los perros entienden solamente.
—«No me coma, don Lobo, no me coma,

porque nunca á su raza la he debido
ni siquiera un ladrido;

y es más digno de garras tan atroces
cebarse en animales más feroces. >—

El lobo ya sobre él, no oye sus quejas,
(como quejas al fin de un infelice),

y meneando la cola y las orejas,
parece que le dice:

—«Muere, pícaro, aquí, mal que te cuadre;
que aunque sé que á mi raza no has ladrado,
recuerdo, sin embargo, haber pasado
por donde en tono vil ladró tu padre.»

—«Pues mi padre hizo mal»—clamó espirante;
y ya iba el lobo á devorarle fiero,

cuando en el mismo instante
apareció otro lobo carnicero,
que mirando hacia allí con vista impía,
pudiérase decir que le decía:

—«No le toques el pelo;
que con él quiero, por vengar mi afrenta,
solventar una cuenta
que me quedó á deber su infame abuelo.»

—«¡Infame abuelo! sí»—pienso que dijo
el dogo en tanto aprieto;

—«¿Y he de sufrir la muerte,
no solo por ser hijo,
mas tambien por ser nieto?»

¡Oh! Ley, más que inhumana, del más fuerte!»

Encarados el lobo con el lobo,

el segundo al primero,

—«Suelta, le dijo, bobo;

verás cómo en tan bajo marrullero
vengo tu agravio con rencor profundo.»

—«Mil gracias»—le contesta

el primero al segundo:

—yo solo en este impío
vengaré el honor mío.»—

Y sin otra respuesta,

—«Es muy justo á mi ver—de nuevo dijo—
que el galardón de un padre herede un hijo.»

—«Pues alto ahí, compadre»—

el segundo prorumpe en són de queja.

—«Si así bilas la madeja,

es de mi contingente,

pues me ha ultrajado el padre de su padre.»

—«Mi ofensa es más reciente.»

—«La mía más añeja.

—«Pues no le matarás.»—«Ni tú tampoco.»—

Y con intento loco

se enzarzaron, embate tras embate,
en tan igual como feroz combate;
mientras que el triste dogo, muerto el perro,
se hagacha humilde en tan atroz fracaso,
sufriendo las pisadas que por yerro
le desuellan la piel, sin ser del caso:
hasta que viendo la refriega entrada,
como quien no hace nada,
sin decir *tus* ni *mus*, huyendo el diente,

taimado se escurrió bonitamente.

*¡Cuántas veces por ruínas,
con encontrados fines,
traban lid importuna
dos enemigos fuertes
y no le dan ninguna,
por querer con afán darle dos muertes!*

FÁBULA XIV

HACER SONAR Á TIEMPO

EL CONCIERTO DE LOS ANIMALES

Supuesto que respira,
se hace oír bien ó mal cualquier garganta;
y en esto no hay mentira,
pues mal ó bien, el que respira, canta.

Hablen, si no, mil animales dichos
que dieron un concierto como muchos.

Y es fama que el sentido
no acompaña á los órganos vocales,
por lo que ha sucedido;
que en la patria de dichos animales,
cada cual presumiéndose asaz diestro,
gritó: — ¡Caiga el león! ¡fuera el maestro! —
Cayó la monarquía,

y en república el reino convirtieron.

—«Vaya una sinfonía
de nuestros triunfos en honor—dijeron:
—cada uno cante cual le venga á mano:
ya no más director: muera el tirano.»—

Comenzóse el concierto,
cá cá-rá-cá gritando el polli-gallo;
y al primer desacierto
con un relincho contestó el caballo;
a-y-o, a-y-o siguió el pollino;
pi-pi-pi el colorín, *ufff* el cochino.

El *mis* y el *marramau*
cantó el gato montés, cual tigre bravo?
y con cierto *pau-pau*
le acompañaba el indolente pavo;
formando tan horrenda algarabía
que ni el mismo Luzbel la aguantaría.

El león destronado,
viendo el reino en desórdenes tan grandes,
—«Silencio,—dijo airado,
mostrando un arcabuz ganado en Flandes;
—el rey va á dirigir: atrás, canalla;»—
y al verle cada cual, amorra y calla.

—«Vuelva á sonar la orquesta,—
siguió el tirano, de Nerón trasunto;

—Y ¡ay de la pobre testa
de aquel que por gruñir me coma un punto!
¿Qué es replicar? No hay réplica ninguna.
Palo ó canción: vamos á ver: ¡á una!—

Y la orquesta empezando
pi-pí, cá-cá-rá-cá, mis-mis, miau-miau
siguió después sonando
a-y o, a-y-o, uff-fuff, pau-pau, pau-pau.

Y tal sonó la música que alabo,
que el mundo gritó absorto:—«¡Bravo! ¡bra-
[vo!—

Fué el concierto, antes loco,
la maravilla, vive Dios, del arte;
y aunque gruñendo un poco,
cada animal desempeñó su parte;
aprendiendo, en perjuicio de su testa,
que sin buen director, no hay buena orquesta.

FÁBULA XV

LEYES FUNDAMENTALES

Con ánimos sencillos
varios chiquillos cierto día un dado
para jugar hicieron;

y las leyes del juego los chiquillos
por seguir á la letra,
del dado aquel en cada faz pusieron
el uno, el dos, el tres, el cuatro... etcétera.

De niños entre el bando
alguno de ellos calculó prudente
que, por los bordes subrepticamente
la cara de su número limando,
siempre á la mesa en amoldarse esquivá,
quedaría, rodando,

la cara de su número hacia arriba.
De esta manera á todos, el fullero,
como era natural, ganó el dinero,
hasta que al fin, de sus falaces modos
apercibidos todos,

dando de su pericia muestras claras,
limando y más limando
fueron también dejando
convexas de sus números las caras.

De este modo el ex-dado
por ángulos y bordes cepillado,
al impulso menor del aura sola
rodaba, ya se ve, como una bola.
Desde entonces el número de azares
se sucede á millares,
y la igualdad geométrica admirando
de equilibrio tan justo,
unas veces perdiendo, otras ganando,
se divierten los niños que es un gusto.

Con lengua atrabiliaria
á cada azar del inconstante dado
agotan su afición parlamentaria,
y sucede un discurso á otro discurso
sobre si el aire le sopló de un lado,
sobre si un pelo interrumpió su curso.

Y acaban las cuestiones,
su furor conteniendo en breves plazos,
los que son vencedores, á razones;
los que vencidos son, á sombrerazos:

y en caos importuno
alzándose hoy los que caerán mañana,
todos se pierden, y ninguno gana,
ganando todos, sin perder ninguno.
Y entretanto, sediento de emociones,
y ajeno el pueblo espectador, del fraude,
aplaude tan continuas variaciones,
pues siempre el pueblo la comedia aplaude
si van y vienen sin cesar telones.

Desde el feliz momento
que la moral he oído de este cuento,
*ignoro cómo hay gente
que idolatrar como á sus ojos pueda
la ley fundamental, que blandamente
adonde quiera que la impelen rueda.*

SECCIÓN RELIGIOSA

FÁBULA I

DIOS ES CAUSA DE LAS CAUSAS

LA URRACA, LA RAMA, EL ÁRBOL, LA TIERRA Y EL SOL

Al lado de una iglesia un olmo había,
desde donde una urraca escuchó un día
que un fraile predicaba de este modo:

Dios todo lo hace y lo dispone todo.

Torciendo entonces el agudo gesto,
dijo la atea urraca:— «Por supuesto,
Dios dispondrá si quiere de lo suyo,
porque yo sin sus órdenes arguyo

que ya corro, ya vuelo,
según me viene á pelo,

y, aunque su ley traspase soberana,
hoy canto aquí porque me dá la gana.»—

— «Porque yo te sustento

(dijo la rama con sutil acento),

gracias al tronco adusto
que me encumbra robusto.»—

— «Yo (con acento ronco
gritó á la rama el tronco)

te encumbro á tí, porque la tierra amante
con brazo creador me alzó triunfante.»—

—«Y yo te levanté (dijo la tierra,
sus entrañas abriendo en són que aterra),
porque ese sol que de su luz me inunda
con sus rayos mis gérmenes fecunda.»—

—«Y yo (contestó el sol de orgullo lleno,
con voz de quien es eco el bronco trueno)

la tierra fecundizo,

porque el potente Sér que todo lo hizo

desde mi trono alzado

hasta el último fin de lo increado,

cual dón con que su alteza manifiesta

¡la clara sombra de su luz me presta!»—

Desde entonces la urraca,

con una fe que su temor aplaca,

cuando oye prorrumpir en el otero:

«Yo canto estas rondeñas porque quiero;»

—«Cantais porque Dios quiere ¡bachilleras!»—

(grita á sus compañeras):

—«¿Cómo ultrajais al cielo de ese modo?

Dios todo lo hace y lo dispone todo.»—

SECCIÓN MORAL

FÁBULA I

LA CARAMBOLA

EL CHICO, EL MULO Y EL GATO

Pasando por un pueblo un maragato
llevaba sobre un mulo atado un gato,
al que un chico, mostrando disimulo,
le asió la cola por detrás del mulo.

Herido el gato, al parecer sensible,
pególe al macho un arañazo horrible;
y herido entonces el sensible macho,
pegó una coz y derribó al muchacho.

*Es el mundo, á mi ver, una cadena,
do rodando la bola,
el mal que hacemos en cabeza ajena
refluye en nues'ro mal, por CARAMBOLA.*

FABULA II

GANAR EL FLANCO Á LA SUERTE

EL PILOTO Y SU APRENDIZ

— «¿De qué modo tan vario, —
un aprendiz á un náutico decía,
— sigue usted siempre la trazada vía,
ya sea el viento próspero ó contrario?» —
Entonces el piloto le contesta,
mientras que el otro copia la respuesta:
— «Si ves que por la popa arrecia el viento,
sin torcer el timón, recto camina:
si es por la proa, gana el barlovento;
y si es por el babor, marcha en bolina.» —

*Así en el mar del mundo, el buen piloto,
no exponiendo el bajel á innobles tumbos,
por donde quiera que le acosa el noto,
gana puerto también, trocando rumbos.*

FÁBULA III

PARTIDAS DE RUÍNES

EL GALCO Y EL PODOENCO

Persiguiendo un conejo de gran traza,
al ladrador podenco dijo el galgo:

— «Calla y no ladres tanto, mala raza,
que maldito sea yo si sirves de algo.
¿A qué venimos—prosiguió—de caza,
si en saliendo la espantas, mal hidalgo?»—
*Así el ruin, que seguirlo en vano intenta,
porque otro no lo alcance, el bien ahuyenta.*

FÁBULA IV

LA JUSTICIA EN UN CUENTO

EL VIEJO Y EL MENDIGO

Rodeado el tío Blas de gente,
dijo.— «Vaya un cuento ahora»;—
y ya iban tres cuartos de hora,
cuando él iba en lo siguiente:
— «Aunque *pobre*, el juez prudente
le hizo justicia al momento.»—
Y un *pobre*, que oía atento,
dijo al tío Blas con malicia:
— «¿*Pobre*, y se le hizo justicia?
Dice usted bien: *eso es cuento.*»—

FÁBULA V

VIRTUD Y ORGULLO

LA ENCINA Y EL ROSAL

«¡Mezquina es tu existencia,—
á un humilde rosal dijo una encina,
—pues arrastras al par de mi opulencia
tu existencia mezquina!» —

De una santa en las fiestas placenteras,
bajaron á coger unos pastores
ramaje de la encina para hogueras,
y del rosal, para la imagen, flores.

Ornó el rosal la imagen peregrina,
y entonces me presumo
que mirando en la hoguera arder la encina
exclamó al darle el LUMO:

*No afrentes al humilde con tu fausto;
que el día de la prueba, en acto innoble,
con ignominia doble
tal vez sirvas de incienso á su holocausto.*

FÁBULA VI

EL MÉTODO

EL MANCEBO Y LOS PÁJAROS

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso á un tiempo coger.
—Deja, buen Gil, de correr,
que no cogerás ninguno.
¿A qué tras *cinco* ¡importuno!
á un tiempo vas con ahinco,
si para coger los *cinco*
tienes que empezar por *uno*?

FÁBULA VII

LA PIEDAD BIEN ENTENDIDA

EL MUCHACHO, EL PODADOR Y EL MANZANO

A un manzano podaba un hortelano,
y un muchacho con íntimas querellas,
—«¿Por qué—decía á gritos—inhumano
del tronco á quitar vas ramas tan bellas?»
—«Córtalas, podador—dijo el manzano,—

que se me quiere encaramar por ellas.—

*El tal rapaz, que procuraba arguyo
el bien ajeno, en beneficio suyo.*

FÁBULA VIII

BALADRONADAS

LA VID, EL OLMO Y LA YEDRA

En contfnua querella,
una vid y una yedra, á un olmo asidas,
se despreciaban, dē odio estremecidas,
poniéndose á su vez de *más es ella*.
—«Ves aquel ave, que en tendido vuelo—
dijo la vid por fin—ya besa el cielo?
pues si quiero subir, sin más arrimo,
le llevo á que meriende este racimo.»—
—«Pues si me subo yo -dijo la yedra,
que sólo asida de los olmos medra,
fórmome un dosel al cielo,
que, interpuesto entre el sol, enlute el suelo.
Vamos á ver si no—siguió importuna.
—«Vamos-dijo la vid:—¡A una!»—«¡A una!»—
En tono el más sencillo,
—«No, por Dios; no, por Dios, gritó un tomillo,
que pueden sus bravuras

dejar el mundo á oscuras.» —
Llegando ya de su impaciencia al colmo,
dijo al tomillo el olmo:
—«Puedes perder el miedo, en mi conciencia,
si nadie miedo á los cobardes tuvo,
pues sé por experiencia
que jamás *subirán* si yo no *subo*.» —

FÁBULA IX

UN BOBO HACE CIENTO

LA MONA, EL MONO Y EL LORO

Con la faz más espantosa,
la mona de un mercader,
en ilusión deliciosa,
recordando cualquier cosa
reía á más no poder.

Como un mono la veía,
que por boba la tenía,
reír solo para sí,
de ella el mono se reía
con un burlesco *ji ji*.

Un loro, que al mono vió,
por loco lo tuvo ya,

y también de él se rió,
y sin cesar prorrumpió
en un *já já* y más *já já*.

Cuando al pasar por allí
ofa al simple del loro
la gente, fuera de sí
refa, diciendo á coro,
unos *já já*, otros *ji ji*.

Y aunque de bobos la hornada,
ya siendo muy larga va,
siquiera por la bobada,
conmigo la carcajada
sol'ad, diciendo: *¡Já! ¡Já!*

Con lo cual probar intento
que, con remedio servil,
en este mundo, y no es cuento,
así como un loco ciento,
llega un bobo á hacer cien mil.

FÁBULA X

CONTRAS DE LA MALA FE

LOS DOS GORRIONES

— «Llégame el comedero» —
dijo á un gorrión otro gorrión muy maula.
— «Pues ábreme primero —
contestó aquél — la puerta de la jaula.»
— «¿Y si al verte ya libre, en tu embeleso,
te vas sin darme de comer en pago?»
— «¿Y quién me dice á mí — responde el preso,
— que me abrirás, si llenas el monago?» —
Y en conclusión, por si ha de ser primero
llegar el comedero
ó correr el alambre,
quedóse el enjaulado prisionero,
y el hambriento volvióse con el hambre.
¡Digno amigo, por Dios, de tal amigo!
Y ahora direis, y bien, como yo digo:

*¡Vaya, que son en ciertas ocasiones
lo mismo que los hombres los gorriones!*

FÁBULA XI

DE PEQUEÑAS CAUSAS GRANDES EFECTOS

EL PASTOR Y EL INSECTO

Cantando Gil, vió de un insecto el nido,
y le holló con pié rudo:
y aunque oyó de mil tristes el gemido,
siguió cantando de piedad desnudo.

Viendo el insecto hollados á sus hijos,
subióse á la montaña,
y en el chopo más alto ayes prolijos
lanzó exhalando su imponente saña.

Era el tiempo en que vientos y nublados
desatando los cielos,
igualan con los montes los collados
copiosas nieves y abundantes hielos.

Por vengarse de Gil, cargó sañudo
con un copo de nieve,
carga mayor con que el insecto pudo.
¡De tan grande furor venganza leve!

Suelta el copo, al encono que le inflama,
desde el altivo chopo,
y engruesado al bajar de rama en rama,

fuése aumentando el invisible copo.

Va el germen infeliz de inmensa ruína
de hoja en hoja bajando,
y un copo y otro copo arremolina,
y cien mil, y auméntanse rodando.

Cruje la mole, escasa todavía,
mas en creciente extraña,
ya un monte desatado parecía
el declive al bajar de la montaña.

El alto roble y la empinada encina,
á su impulso arrollados,
amenazaban convertir en ruína
del pobre Gil, apriscos y ganados.

Y al ver la mole, el insectillo en tanto,
que lo arrasaba todo,
parodiando de Gil el fiero canto,
tarareó esta canción allá á su modo:

*¡No hay venganza que un ruín, si está ofendido,
tomar no pueda en pago,
cuando un copo de nieve desprendido
la causa llega á ser de tanto estrago.*

FÁBULA XII

SI ERES DÉBIL, SÉ PRUDENTE

EL PERRO Y LA RANA

—«Calla, maldita rana»—
un perro desde un hato prorumpía:
y ella *car car* y más *car car* seguía,
como quien dice: —«no me dá la gana.»—
(Esta rana, en invierno y en verano
cantaba por decreto sobrehumano,
aunque jure algún sabio, echando un terno,
que nunca ha visto ranas en invierno).
—«¿Conque te sales—dijo aquél—del río
para venir á incomodarme al hato?
Por Dios, que si no hiciera tanto frío,
anoche salgo, te sorprendo y mato.»
—«*Car car car, car car car*»—siguió la rana
burlándose del perro con orgullo.
«¿Y es posible que creas—
le contestó la vana,
—que en moviendo tú un pié no me zambullo?
¡Car car car! ¡car car car!» —«Maldita seas!»
clamó el perro siguiéndola enojado.
La rana, de contado,
¡cataplum! se echó al río;
mas como helado estaba por el frío,

sin concederla plazos,
sobre el hielo el mastín la hizo pedazos.

*No insultes al más fuerte,
aunque libre, al huir, tengas el paso;
que si lo encuentras obstruído acaso,
como la rana sufrirás la muerte.*

FÁBULA XIII

AMAR POR LAS APARIENCIAS

EL ALCORNOQUE Y LA ENREDADERA

Nació una enredadera
al pié de un alcornoque descarnado;
vistióle de manera,
que fué en la primavera,
siendo un bodoque ruín, blasón del prado.

Como propios primores
lucfa el corcho vil ajenas galas:
siendo con tantas flores
envidia de pastores
y blanco del amor de las zagalas.

— «¡Oh, qué árbol tan florido—
decfan;—qué gentil, qué primoroso!»—

Elogio merecido,
pues gracias al vestido,
por Dios que el alcornoque estaba hermoso.

Mas llegaron sin cuento
del otoño las ráfagas sonoras,
y soplando violento,
dejó alcornoque el viento
al que el ídolo fué de las pastoras.

*¡Cuántas de esta manera,
Elvira, adoran á un galán bodoque,
y hasta que el aura fiera
lleva la enredadera,
no advierten que han amado á un alcornoque!*

FÁBULA XIV

ESCUSAS NECIAS

EL CUERVO Y EL REPTIL

Hacia el nido de un cuervo
sube un reptil protervo,
que de otro manjar falto,
de huevos se apercibe;
mas al dar el asalto,

creyendo al cuervo ausente, oyó: — «¿Quién vi-
[ve?]

— «Perdone usted; no es nada
(dijo con voz turbada);
el hallarme soñando
mi indiscreción abone;
pues llegué aquí rodando,
mas desperté, y me vuelvo: usted perdone.»

— «¡Hola, traidor vecino!
(dijo el cuervo ladino),
¿cuándo el sueño te priva,
sin costarte trabajo
te ruedas hacia arriba?
Pues á ver cómo ruedas hacia abajo.» —

Y remontando el vuelo,
lo suelta desde el cielo,
por más que ya difunto
el reptil lo rehusa,
y *plaf*, reventó al punto.
¡Digno castigo de su necia excusa!

FÁBULA XV

EL DIABLO PREDICADOR

EL BEODO Y EL FESTÍN

Un beodo en una orgía,
—«Brindo porque el alto cielo
purgue de vicios al suelo,» —
con voz de trueno decía.
—«¡Guerra al vicio!» —repetía,
y un vaso apuró hasta el poso.

*Que en este mundo engañoso,
dando al labio torpe oficio,
hay quien habla mal del vicio
siendo él el primer vicioso.*

FÁBULA XVI

DELIRIOS DEL AMOR

LA NIÑA HALAGÜEÑA

Los que vuestro amoroso pensamiento
teneis por el *non plus*, oid un cuento:

A un enfermo una niña cierto día

acariciaba con honesto modo,
y en la ilusión de su placer decía:
—«Mi rey, mi luz, mi sol, mi dios, mi todo.»—

Y para que veais de qué manera
el afecto su juicio turbaría,
el *rey*, el *sol* y el *dios*, ¿sabeis quién era?
Un *dogo* que de *ahitado* se moría.

FÁBULA XVII

LISONJAS VILES

EL ENFERMO Y LOS DOS MÉDICOS

Más tenaz cada día
esto á un enfermo un médico decía:
—«Si bebe usted más agua,
es indudable que su muerte fragua.»—
Sediento el otro en tanto,
la dió su pasaporte, y otro al canto.

Fuése el doctor primero,
enterando del caso al compañero,
pero el doctor segundo,
más inepto que aquél, ó más profundo,
dejó de buena gana
que se ahitase el pobre hombre como rana.

Pues señor, murió ahitado;
y al morirse, contento de su estado,
del que le daba vida
aún blasfemó, mientras que á su homicida
calmó de bendiciones.

¡Lo que vale halagar á las pasiones!

FÁBULA XVIII

ACUSAR DELITOS PROPIOS

LA URRACA Y LA GALLINA

—«¡Qué escándalo! — en tono fiero
una gallina decía

á una urraca que comía
las flores de un limonero.

—«¡Que se come, jardinero,
de las de arriba á destajo!—

—«Celebro tu desparpajo—
contestó la urraca altiva:

—¿No he de comer las de arriba,
si no has dejado una abajo?»—

FÁBULA XIX

NO HAY MAL COMO UN FALSO AMIGO

EL JILGUERO Y EL RECLAMO

De pájaros un bando
al asomar el día,
iban al aire blando,
pi pi, pi pi, cruzando
en dulce compañía.

Mudaron el intento,
oyendo que un reclamo
pi pi, pi pi, á su acento
les respondió contento
cabe un pulido ramo.

Y en giros desiguales
cercándole en gran copia
para llorar sus males,
como la acción más propia
de amigos tan leales,

Posándose un jilguero,
cayó en la liga impía
que armada la tenía
un cazador artero,
que cerca lo veía.

Se aleja el bando espeso
viendo el caso infelice;
y en tanto el triste preso
con inútil exceso
luchando en vano, dice:

—«¡Nada, ay de mí, consigo,
pues en tan fiera lucha
más cada vez me enligo!»—

*¡Triste de aquél que escucha
la voz de un falso amigo.*

FÁBULA XX

NUNCA UNA MORAL NOS CUADRA

LA MADRE, EL HIJO Y LA CONCURRENCIA

Fastidiaba á una noble concurrencia
una madre amorosa, que asentaba
que de Adolfo á admirar iban la ciencia
si alguna fabulilla recitaba.

—«Ven acá—dijo—niño.»

Y Adolfo, al escuchar su voz severa,
con mucha más pereza que cariño,
la fábula empezó de esta manera:

— «LA OVEJA Y EL CORDERO. Cierta día
la oveja, con el tono que ella sabe,
daba á su hijo lecciones de ser grave,
las que él pronto olvidaba, ó no aprendía.
¿Lección, direis, y en una edad tan corta?
Es necio, sí. Mas voy á lo que importa.

La oveja en vano en enseñar se abinca,
porque el hijo no aprende una palabra;
mas corre, y viene, y va cual suelta cabra,
y vuelta, y dale, y brinca que te brinca.

La madre del cordero era tan porra...» —

Truncó Adolfo la historia de repente,
cual cayendo en estúpida modorra;

y es que viendo de dulcés una fuente,
de su memoria en mengua,

dura como el turrón quedó su mente,
y en agua vuelta la movible lengua.

— «Sigue, niño» — la madre le decía.

— «Era tan porra...» — el niño repetía;
la madre con sus guiños le hostigaba;

— y tan porra...» — el muchacho replicaba;

y con si era porra, y si no lo era,

llegó á cansar la sociedad entera.

La madre al fin le dijo: ya corrida:

— «Aparta, que estás siendo, majadero,
más torpe que el cordero de la historia.» —

Y ¡oh, qué frágil memoria!

¡no acordarse que ella era distraída

más porra que la madre del cordero!

*No hay acción mala ó buena
que aplicación no tenga, si es ajena.*

*Mas siendo propio el caso,
jamás la aplicación nos sale al paso.*

F Á B U L A X X I

LA CURIOSIDAD

LOS DOS ESPOSOS Y EL VENENO

Para matar ratones

hizo Guzmán algunas confecciones,
las que encerradas con rigor tenía
en un lugar, en el que escrito había:
«Ninguno, para cosa mala ó buena,
me llegue á esta alacena.»

Su mujer, Blasa, que con él reñida
la mayor parte estaba de su vida
(porque según la vecindad pregona,
tanto como curiosa, era gruñona),
presumió que su esposo allí encerraba
el tósigo fatal con que trataba
de castigar su eterna impertinencia
(señal que le argüía la conciencia),
y buscando las viles confecciones,
encontró el solimán. ¡Qué imprecaciones!
— «¡Un veneno!» -frenética decía.

— «¡Un veneno!! ¡un veneno!!!» — repetía;
y con verle y tocarle, aún no contenta,
llega, lo huele, pruébalo, y revienta.

*Si lo ven por acaso,
atad á los curiosos corto el freno;
ó apurarán el vaso
aunque escribais sobre él: — «aquí hay veneno.» —*

FÁBULA XXII

DE LOS MALES EL MÁS VISTO

EL MÉDICO Y EL INVÁLIDO

Un inválido á un médico decía:
— «Si me corto esta pierna gangrenada,
¿podré vivir, al parecer de usía?» —
Y el médico dudando respondía:
— «Podrá ser por acaso, camarada.» —

— «La duda — replicó no me hace al caso.
Mas si la corto, ¿sabe si de fijo
podré vivir aunque no dé ni un paso? —
Dudando siempre el médico, le dijo:
— «Podrá ser, camarada, por acaso.» —

— «Pues si al cortarla ataco la existencia,

y el no cortarla es un dudoso medio,
á la cura prefiero la dolencia.»—

*Yo también prefiriera, en mi conciencia,
morir antes del mal que del remedio.*

FÁBULA XXIII

EFFECTOS DE LA INJUSTICIA

EL LUGAREÑO Y EL MAGNATE

Un señor de calidad,
por dar, con magia distinta,
á su vida variedad,
se iba en verano á la quinta
y en invierno á la ciudad.

Tras la casa del señor
la de un labrador había,
ruín casa en que al labrador
así el hielo le atería,
como le asaba el calor.

Por más de cincuenta abriles
fué casa de tanta mella
nido de gorriones viles,
y á la del señor desde ella
pasaban después á miles.

Incomodado el usía,
porque al asomar el día
los gorriones con empeño
con su *chau chau*, si dormía,
le interrumpían el sueño,

La casa del labrador
furioso sin más arrasa.
—¿Tal sin razón, direis, pasa?
Era más rico el señor,
y vino abajo la casa.

Sin casa ya los gorriones
do anidar en los abriles,
del otro á los murallones
fueron después, más que á miles
los malditos, á millones.

Y á cada instante al señor,
cantándole el aleluya,
le entraron en tal rencor,
que cual la del labrador,
tuvo que arrasar la suya.

Justo premio al que inclemente
pudo dejar sin consuelo
á un labrador indigente.
*Siempre se ensucia la frente
el loco que escupe al cielo.*

SECCIÓN FILOSÓFICA

FÁBULA I

NO SIEMPRE EL BIEN ES FORTUNA

EL PÁJARO ENCARCELADO

En una jaula un ave
nació y vivió contento,
sin cruzar nunca el viento
con revolar süave.
¡Qué vanamente grave,
porque más no desea,
de una á otra barandilla
con voluntad sencilla,
cantando se pasea!
Créalo quien lo crea;
mas lo cierto es que el preso
nunca con loco exceso
en ocasión ninguna
maldijo la fortuna,
ni tuvo á vituperio
su dulce cautiverio.
Por último, es el caso
que un día que la puerta

vió de la jaula abierta,
llegó paso tras paso
á la vecina huerta.
¡Cómo entonces contento,
con emoción extraña,
goza en la azul campaña
del extendido viento
la libertad querida,
nunca por él sentido!
De rama en rama vuela
con la calma inefable
de la virtud amable
que el crimen no recela,
y al más cercano arbusto
lanzándose con gusto,
quedó á la liga en suma
presa otra vez su pluma.
¡Triste imagen del hado
fué el pájaro inocente,
pues se trocó su estado
tan repentinamente!
Tornó á ver á despecho
la antes prisión amada,
mas nunca la alborada
volvió á encomiar su pecho
con su común tonada.
—¿Por qué con tal quebranto—
su dueña le decía,
—mi gozo y tú alegría

no ensalzas con tu canto
cual suceder solía? —
Sin dar respuesta alguna,
las penas una á una,
con el dolor más grave
de su dueña querida,
acabaron del ave
la macilenta vida;
que aunque en la cárcel fiera
pasó la vida entera
sín que echase de menos
los céfiros serenos,
después que hubo probado
su esfera siempre amena,
cuando volvió á su estado
murió el triste de pena.

*¡Huid, mentido bando
de alegres ilusiones,
que nos henchís, pasando,
de locas ambiciones!
¡Dejadme que tranquilo
muera en mi pobre asilo,
pues que sólo un momento
vive el mayor contento!
¡Por qué quereis que ansioso
deje mi humilde estado,
si es más desventurado
quien fué una vez dichoso?*

FÁBULA II

YENDO Á MÁS, VENIR Á MENOS

LA ABEJA, EL BURRO Y LA RAMA

La abeja, de una rama de romero
formaba su panal de mieles rico;
mas la rama encontrando en un lindero,
se le comió un borrico.

¡Pobre rama olorosa
que el blasón iba á ser de los panales,
y ya entre las mandíbulas asnales
podrá ser, menos miel, cualquiera cosa!

*¡Oh, qué bien con su ejemplo nos declama
lo inestable del destino,
cuando al ir á ser miel la noble rama,
el pienso quedó á ser de un vil pollino!*

FÁBULA III

CAPRICHOS DEL HADO

EL ESCULTOR Y LOS DOS TRONCOS

Cierto escultor un día,
viendo dos troncos, entre sí decía:

—«De este zoquete vil, lleno de lodo,
un San Roque he de hacer con perro y todo:
y este, aunque para santo mejor era,
del templo servirá para madera.»—

*Asi el hado cruel, que engaña á tantos,
convierte, con tristisimos ejemplos,
en madera de templos á los santos,
y en santos la madera de los templos.*

FÁBULA IV

PLACERES FALSOS

EL MUCHACHO Y LA MANZANA

Tiró Andrés una piedra á una manzana,
y por dar á la fruta, dió al ambiente;
tiróle la segunda: ¡empresa vana!
la tercera tiró: ¡malditamente!
tiró otra, en fin: cayó; mas de tal gana,
que con golpe mortal hirió su frente.

*Hay bienes que en llegando, al mal iguales,
la cabeza nos rompen cual los males.*

FÁBULA V

DESEOS LOCOS

EL PASTOR Y EL NAVÍO

Del mar en la ribera
quejábse un pastor de esta manera!
—«¡Oh, qué sordas que tiene á mis congojas
el cielo las orejas,

pues no me saca de zagal de ovejas,
patituertas las más, y algunas cojas!
¡Quién me diera, halagando mi albedrío,
dirigir por ejemplo aquel navío,
y á la playa arribar del indio ó moro,
para volver con él cargado de oro!
¡Por amigos tuviera y por amigas
entonces á señoras y señores,
pese á cuantas ovejas y pastores
rumiaron yerbas ó mascaron migas!

Mas ¡ay! la suerte fiera
me arrastra, sea invierno, sea verano,
desde el monte al redil, y de éste al llano;
y aunque oirlas no quiera,
me hace escuchar las simplesavecillas,
que por más maravillas
que dicen que hacen los que de ellas cuentan,
cada vez que las oigo, me revientan.» —

Así el pastor decía,
cuando el bajel ya apenas se veía;
y su intenso dolor llegaba á tanto,
que sus mejillas inundó de llanto.
Era al morir del sol, según asienta
quien dijo que del ábrego la saña
removió aquella noche una tormenta
que ni la oyó el pastor en su cabaña.
Al otro día su manada entera
condujo, como siempre, á la ribera,
y del mar acercándose á la orilla,
vió aquí y allí fragmentos de una quilla.
Buscando del naufragio indicios ciertos,
halló al fin gavias y después mesanas,
trinquetes desvelados, hombres muertos:
¡leves cimientos de esperanzas vanas!
Entonces se acordó de su navío,

 y viendo fin tan triste,

— ¡qué bien hiciste, oh Dios, que bien hiciste
en coartarme — dijo — el albedrío! —

Y sin ver que á los muertos hacía agravios,
una sonrisa se asomó á sus labios;
y escuchando las simplesavecillas,
que hacían, según dijo, maravillas,
tradujo de sus plácidos gorjeos:

Moderatús deseos.

*Aunque pierdas, llorando, tus encantos,
no halagues esperanzas indecisas;*

*cada muerta esperanza brota llantos:
cada llanto vertido engendra risas.*

FÁBULA VI

DE GUSTOS NO HAY NADA ESCRITO

EL CONEJO, EL GALLO Y EL CERDO

*Cada QUISQUE celebra, y es muy justo,
lo que es más de su gusto.*

Por un gallo lo digo,
que de una huerta picoteando el trigo,
así á un conejo hablaba
que, haciendo muecas, una col rumiaba:
—«¿No admiras este trigo, buen conejo,
gordo y gentil cual castellano viejo?
¿Quién ha visto manjar de más decoro?
Como soy que parecen granos de oro.»
—«Aprensión, friolera, bobería—
el rumiador conejo respondía.
—«Siempre á mi noble raza más le plugo
de tierna berza el agridulce jugo.»
Viendo así despreciado
su condimento amado,
el gallo incontinente,
para buscar un juez más competente,

se encaramó á las tapias de la huerta,
como vigía que se pone alerta:

 y preguntó á un cochino
que acertaba á pasar por el camino:
—«Dime, si te ofreciesen cuando almuerzas
 buen trigo y buenas berzas,
¿qué cosa te comieras, caro amigo?»—
El cerdo contestó: —«*Berzas y trigo.*»

FÁBULA VII

LOS LINDES DEL BIEN Y EL MAL

EL POETA Y LOS LECTORES

Si escuchais esos míseros lamentos,
son del difunto rey los funerales;
y esos vivas que ruedan por los vientos;
del rey nuevo los cantos inmortales.
Mas direis entre penas y contentos:
—«¿Se cantan bienes, ó se lloran males?»—

*Nadie el linde á marcar se atrevería
que separa el pesar de la alegría.*

FÁBULA VIII

LA INOCENTADA

LA MADRE Y EL HIJO

—«¡Ubbb!!»—en inocente fiesta
una madre con cariño
gritaba á un hermoso niño
con una máscara puesta.

Más de sus gustos avara,
al ver que lloraba el hijo,
arrojándola, le dijo:
—«Tonto, si tengo otra cara.»—

Y del candor á merced,
á cuantas después hallaba,
el niño las preguntaba:
—«¿Cuántas caras tiene usted?»—

Y es fama que ya crecido,
llegó el niño á asegurar
*que todas suelen mudar
la cara con el vestido.*

FÁBULA IX

LIVIANDAD DE NUESTRAS GLORIAS

EL JOVEN Y EL RELOJ DE ARENA

Viendo un reloj de arena,
paseábase Román con faz serena.
— «Pasa luego— decía,
— hora cual nunca impía;
que pronto Inés, con amoroso fuego,
me esperará en la reja; pasa luego »—
Y dando vueltas, su mirar sombrío
en el reloj fijaba, asaz tardío,
hasta que al fin echó de ver que insano
atascado se hallaba un leve grano;
y saliendo á la calle diligente,
llamó á la reja, pero inútilmente:
volvió á llamar de nuevo,
mas ya no estaba Inés: ¡pobre mancebo!

*¡Quién por buscar se apena
de este mundo las dichas ilusorias,
cuando un grano de arena
rémora puede ser de nuestras glorias!*

FÁBULA X

LA DICHA ES UN ACASO

LOS CIEN CUERDOS Y EL BOBO

Si mal no lo recuerdo,
un bobo entre cien cuerdos, por acaso
(y aquí diré de paso
que hay á veces mil bobos por un cuerdo),
admiraba el espléndido palacio
do la fortuna desigual moraba,
tan rico, que á sus ojos se mostraba
con puertas de oro y muros de topacio.

La señora fortuna,
que del mundo entre todas las señoras
tal vez no habrá ninguna
que la gane á mudarse á todas horas,
se la antojó salir en aquel día
á hacer á uno infeliz: ¡quién lo diría!

Al verla los cien cuerdos
(en verdad nada lerdos),
con presteza importuna
—«¡la fortuna! —prorrumpen— ¡la fortuna!»
y arrancan en pos de ella,
mientras que, presurosa,
si bien como ellas bella,
como mujer al fin, huyó alevosa;
y si como ellas es verdad que hufa,

como mujer tambiéu les sonreía.
Al verla el bobo huir con tal exceso:
—«Vaya con Dios» la dijo el muy camueso;
y en celestial arrobo,
dándosele una higa
porque alguno la siga ó no la siga,
á dormir se tendió: ¡maldito bobo!
Siguiéronla los cuerdos locamente;
pero con tal ahinco,
que alguno por correr dió un falso brinco
y se aplastó la frente.
Otros perdieron sólo el sufrimiento;
y otros menos felices,
el camino sembraron, y no es cuento,
de piernas, ojos, brazos ó narices.
De engañar á los cuerdos ya cansada
la señora fortuna, siempre porra,
ganándoles las vueltas como zorra,
determinó volverse á su morada,
Mas ¡oh imprevisto caso!
pues cuándo al ir su paso
el linde á trasponer de la ancha puerta
¡tropieza con el bobo y le despierta!
—«¡Caíste en el garlito!»—
gritó el simple, cual bollos los mofletes:
y sin andarse en dimes ni diretes,
con ella en casa entró: ¡bobo maldito!

No llames, Fabio, tonto,

*al que cual tú no corre tras la gloria;
por correr más, no llegarás más pronto;
pregúntaselo al bobo de la historia.*

FÁBULA XI

LA VIDA Y LA MUERTE

EL PADRE Y SUS HIJOS

Juntos con su padre estando
Ana y Luís una mañana,
al plañir de una campana
Luís se santiguó rezando.

Y Ana exclamó con desprecio:
—«¿Por qué rezas?»— Y él al punto:
—«Rezo —dijo— á ese difunto.»
—«Si es que ha nacido uno, necio.»—

Y viendo afrentado al hijo,
el padre, con faz severa
mirando á la retrechera,
con voz solemne la dijo:

—«No es rara equivocación,
pues para ambas cosas, Ana,
siempre una misma campana
toca con un mismo són!»—

FÁBULA XII

A UN GRAN MAL OTRO MAYOR

EL RUISEÑOR Y EL RATÓN

Clamó un ratón sin consuelo,
preso en una cárcel fuerte:
—«¡Imposible es que la suerte
pudiese aumentar mi duelo!»—
Y alzando la vista al cielo
para acusar su dolor,
le preguntó un ruiseñor
de un halcón arrebatado:
—«¿Truecas conmigo tu estado!»—
Y él contestó:—«No, señor.»—

FÁBULA XIII

DEL TRONCO SALE LA RAMA

EL POTRO Y LA YEGUA

Era una yegua pía,
que sin ánimos ya para dar coces,
á un hijo que tenía
así le reprendía,
si no con estas, con iguales voces:

—«No dés coces ¡impío!
Maldita sea tu costumbre ingrata;
cual yo modera el brío;
ten presente, hijo mío,
que es mala educación sacar la pata.»—

—Al decir—*bien*—el hijo,
la saludó con singular donaire;
de puro regocijo,
después de lo que dijo,
miles de coces disparando al aire.

Y en ocasión tan calva,
si los hallase en parte más contigua,
presumo que en la salva,
al lucero del alba
y á la madre, de un par me los santigua:

—¿De quién aprendería—
siguió la yegua—inclinación tan basta?»—
La zorra que la oía:
—«De nadie—la decía,
—créalo usted, vecina; *esa es la casta.*»—

FÁBULA XIV

LECCIONES AMARGAS

EL PADRE, EL HIJO Y EL PERRO

Bramaba el viento, agitado,
cuando subían á un cerro
un padre en su hijo apoyado,
y detrás de ambos un perro.

Y con mortal pesadumbre
el viejo desfallecido,
cayó exánime en la cumbre,
entre la nieve aterido.

Y — «marcha — al joven le dijo;
— no encuentres cual yo la muerte. » —
— «Pues adiós» — contestó el hijo;
y huyó temiendo igual suerte.

Mas desde un monte cercano,
libre ya de todo empeño,
vió que *más fiel el alano*
quedó á morir con su dueño.

FÁBULA XV

LA MUERTE TODO LO IGUALA

LA VUELTA DEL CAMPESINO

Halló al volver con otros á su tierra
un nuevo cementerio un campesino,
y al cruzar por enmedio del camino
vió escrita en él esta inscripción que aterra:

—UN PONCE DE LEÓN aquí se encierra:
dobla al pasar la frente, ¡oh peregrino!
y acata humilde al que postró el destino,
recto juez en la paz, y héroe en la guerra.»—

Fija la vista en los eternos bronce,
gestos de admiración haciendo extraños,
dijo extasiado el campesino entonces:

—«¡Por Dios que son terribles desengaños!
¡Quién les dijera á los ilustres PONCES
que aquí enterré yo un *burro* hace dos años!»—

FÁBULA XVI ✓

NO HAY DICHA CUMPLIDA

EL PLACER Y EL PESAR

Al descender al mundo
el *pesar* y el *placer*, fuerte el primero
y débil el segundo,
con afecto profundo
llamáronse uno al otro — «compañero.»

Sucedió que un cualquiera
encontrando al *placer*, con fuertes lazos
(por fuerza que un tonto era)
le estrechó de manera,
que por poco el *placer* muere en sus brazos.

Y no cometió dolo,
ya que pudo, en gozarle, el buen mancebo,
pues juro por Apolo
que si le hallara solo
le dejara este cura como nuevo.

Al verse así ultrajado,
para el mozo el *placer* pidió un castigo,
y el *pesar* de contado,

de dolores cercado,
voló en defensa de su flaco amigo.

—«¡De hoy nos verá la gente—
con amor se dijeron, sin segundo,

—juntos eternamente!»—

Eterna y juntamente
desde entonces acá los halla el mundo.

*Por eso si por suerte
ves, como el mozo, al que placer se nombra,
apercibido advierte
que para herir de muerte
recatado el pesar vela á su sombra.*

FÁBULA XVII

BIENES PROMETIDOS

El mundo al empezar, si bien me fundo,
Júpiter trajo al mundo,
para dar por igual á los mortales,
en una arca los bienes
y en otra arca los males.
Cogió el arca primera
(que por mi mal la de los males era),

y el censo atroz de los odiosos males
distribuyendo con piadoso intento,
ciento á Luis, ciento á Juan y á Ramón ciento,
quedamos, salvo error, todos iguales.

Abrió el arca segunda
y tanto criminal (que Dios confunda)
acudió á ver los bienes, que brillantes
lucían cual riquísimos diamantes,
que al fin los más bribones
entraron de robar en tentaciones.
Por detrás un avaro sin decoro
sustrajo bienes mil (mil onzas de oro);
y un alcalde (un truhán) dando pisadas,
diez bienes se apropió (diez alcaldadas):
aquí un lascivo su placer corona
con una virgen que aspiró á matrona;
allí un poeta (un cándido, presumo)
tan sólo robó un bien (la gloria; ¡humo!),
y un rufán magnate, de nobleza rancia,
veinte bienes sustrajo sin conciencia,
reducidos, en última sustancia,
á diez y nueve cruces y un vucencia.
Tantas eran, por fin, las sustracciones
de ambiciosos, avaros y ladrones,
que Júpiter, atándose la capa
(lo que prueba la fe de los humanos),
andaba con los pies y con las manos
por aquí y por allá tapa que tapa.
Al ver tanta ruindad en los mortales,

por último el buen dios perdió la calma,
y llevándose el arca en cuerpo y alma,
dijo, al cerrar las puertas celestiales:
—«Yo juro por esta arca que ahora encierra
los bienes que el mortal anhela tanto,
de no sacar un bien ni aún para un santo,
hasta que no haya infames en la tierra.»—
Dijo así el dios; y el diablo que lo oía
(pues siempre anda del hombre en compañía),
gritó á la gente, que se vió burlada,
lanzando una insolente carcajada:
—«Noble mortal, mi digno descendiente
(lo cual nunca en tus actos se desmiente),
el dios que escuchas, de inocencia lleno,
sus bienes te promete, *en siendo bueno*:
si hasta entonces no aguardas otros bienes,
acuéstate á dormir, que *tiempo tienes*.»

FÁBULA XVIII

PRINCIPIOS Y FIN DE LAS COSAS

EL LABRADOR Y LA MORERA

Primera parte

Juan plantó una morera,
que el que, después de un año, la veía,

con la fe más sincera
loando sus primores, prorrumplía:
— «¡Bien haya el hacedor de tal hechura!
¡Qué flor, qué tronco, qué hoja, qué verdura!»

De seda unos gusanos
sus hojas agotaron roedores,
y con dardos insanos
dieron fin las abejas á sus flores,
dejando el árbol de tan ruín manera,
que Juan lo hizo cortar: ¡adiós, morera!

Así, en suertes no iguales,
llegaron, con destino bueno á malo,
las flores á panales,
las hojas á ser seda, á efigie el palo;
pues os advierto que en mudanza tanta
del rudo tronco Juan hizo una santa.

Y cual de la morera
tuvieron hoja y flor vario destino,
de la misma manera
los hombres tienen encontrado sino;
que el destino es instable como el viento.
Mas, basta de moral y siga el cuento.

Segunda parte

A mi lugar un día
la gente se agolpó de la comarca,
do festejar solfa
la virgen que llamamos de la Barca;
santa que yo adoré, santa que aún era
la misma que hizo Juan de la morera.

Y á través de un concierto
que en el templo sonaba en alto coro
(bastante mal por cierto),
sin oír lo sonoro ó no sonoro,
á una vela escuché, no sin trabajo,
que decía á la santa por lo bajo:

— «¿Cómo estamos, hermana?»
Yo soy hija también de la morera.

En mi suerte tirana,
fui flor, llegué á panal y ahora soy cera.
¡Quién' al ver la morera nos diría,
que al ser lo que eres, lo que soy sería!» —

— «Su desdén me acongoja—
dijo el vestido de la santa entonces;
— Llegué á seda desde hoja,
y sus ojos para mí son bronce.
¡Nadie creería, al verme en la morera,

que de un santo del tronco el traje fuera!» —

—«Calle el necio ropaje,
pues le doy tanto honor —dijo la santa;
—y cuide no me ultraje
la innoble cera con locura tanta.
¡Las parleras!... las muy... ¡Ave María!
¿Qué hay de común entre las tres?» —segufa.

—«¿No ven —las fué diciendo
—que hasta el mismo escultor que me ha labrado,
en acto reverendo
me tributa oblación con noble agrado?» —
Y era verdad, que con amor profundo
hasta oraba el buen Juan. ¡Cosas del mundo!

Si empieza la existencia
los seres al nacer mostrando iguales,
en nuestra adolescencia
ya veis que unos son seres celestiales
ante los cuales los demás oramos,
¿Mas cuál de todos será el fin? Veamos,

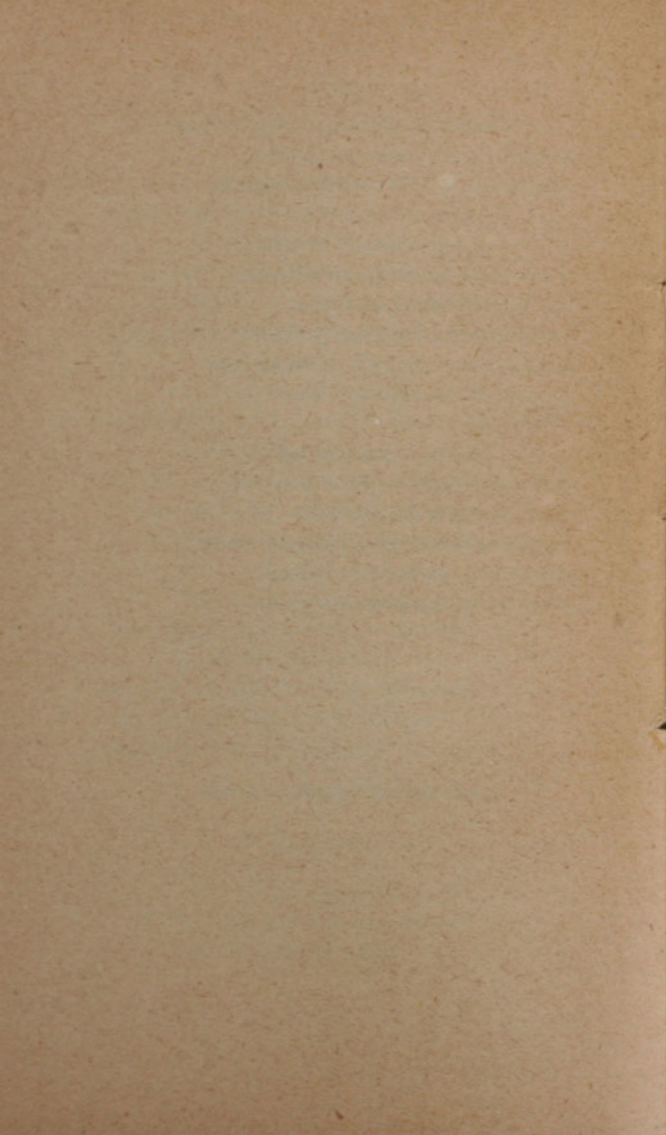
Tercera parte

A la vela inflamada,
—«llega, —dijo el vestido, —hermana mía,
y nuestra suerte airada

será así igual hasta la tumba fría. >—
Llegó la vela el labio enrojecido,
é inflamado á su luz ardió el vestido.

Crujió entonces la seda;
y arrojando las chispas á millares,
fué ardiendo en ígnea rueda
seda, blandón, imágenes y altares;
siendo al fin, calcinado su ornamento,
juguete vil del agitado viento.

*¡Así en la humana vida,
si á unos el hado en ídolos convierte,
mientras que envilecida
la plebe es templo y luz... llega la muerte,
y confunde, con bárbaros ejemplos,
aras, ídolos, luz, galas y templos!*



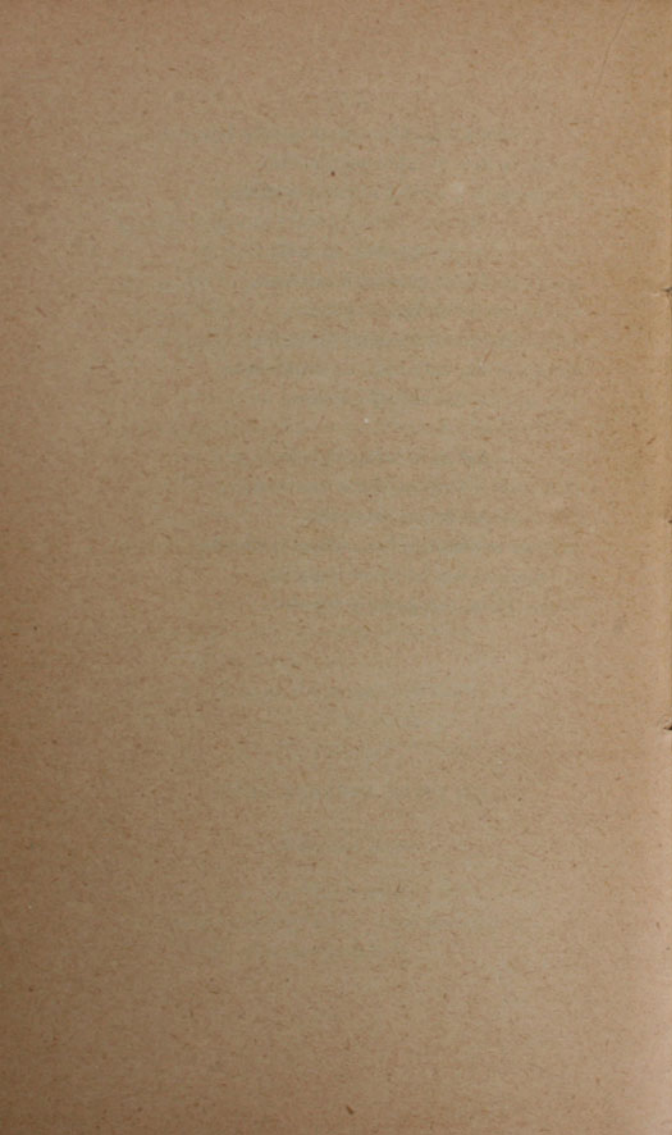
ÍNDICE

	<u>PAGS.</u>
El alma en pena	11
Sonetos.	86
Epitafios.	97
Epístolas.	99
Madrigales.	120
Las estaciones.	124
Romance.	125
Poesías varias.	132

LIBRO TERCERO

FÁBULAS

Sección literaria	141
Sección política.	144
Sección religiosa.	163
Sección moral.	165
Sección filosófica.	190



ÍNDICE

	PÁGS.
El alma en pena	11
Sonetos.	86
Epitafios.	97
Epístolas.	99
Madrigales.	120
Las estaciones.	124
Romance.	125
Poesías varias.	132

LIBRO TERCERO

FÁBULAS

Sección literaria	141
Sección política.	144
Sección religiosa.	163
Sección moral.	165
Sección filosófica.	190

COLECCIÓN DIAMANTE

TOMOS PUBLICADOS

1. *R. de Campoamor*. Doloras, 1.ª serie.
2. Doloras, 2.ª serie.
3. Humoradas y cantares.
4. Pequeños poemas, 1.ª serie.
5. Pequeños poemas, 2.ª serie.
6. Pequeños poemas, 3.ª serie.
7. Colón, poema.
8. Drama Universal, poema, primer tomo.
9. Drama Universal, poema, segundo tomo.
10. El Licenciado Torralba.
11. Poesías y Fábulas, 1.ª serie.
12. Poesías y Fábulas, 2.ª serie.
13. *E. Pérez Escrich*. Fortuna.
14. *A. Lasso de la Vega*. Rayos de luz.
15. *Federico Urrecha*. Siguiendo al muerto.
16. *A. Pérez Nieva*. Los humildes.
17. *Salvador Rueda*. El gusano de luz.
18. *Sinesio Delgado*. Lluvia menuda.
19. *Carlos Frontaura*. Gente de Madrid.
20. *Miguel Melgosa*. Un viaje á los infiernos.
21. *A. Sánchez Pérez*. Botones de muestra.
22. *J. M. Matheu*. ¡Rataplán!
23. *Teodoro Guerrero*. Gritos del alma.
24. *Tomás Luceño*. Romances y otros excesos.
25. *L. Ruiz Contreras*. Palabras y plumas.
26. *Ricardo Sepúlveda*. Sol y Sombra.
27. *J. López Silva*. Migajas.
28. *F. Pi y Margall*. Trabajos sueltos.
29. *E. Pardo Bazán*. Arco iris, cuentos.
30. *E. Rodríguez Solís*. La mujer, el hombre y el amor.
31. *M. Matoses (Corzuelo)*. ¡Aleluyas finas!
32. *E. Pardo Bazán*. Por la España pintoresca (viajes).
33. } *A. Flores*. Doce españoles de brocha gorda.
34. }
35. *José Estremera*. Fábulas.
36. *Emilia Pardo Bazán*. Novelas cortas.
37. *E. Fernández Vaamonde*. Cuentos amorosos.
38. *E. Pardo Bazán*. Hombres y mujeres de antaño.
39. *J. de Burgos*. Cuentos, cantares y chascarrillos.
40. *E. Pardo Bazán*. Vida contemporánea.
41. } *Jacinto Labaila*. Novelas íntimas.
42. }

43. *Fy.ª Sarasate de Mena*. Cuentos vascongados.
44. *F. Pi y Margall*. Diálogos y Artículos.
45. *Charles de Bernard*. La caza de los amantes.
46. *Eugenio Suñer*. La Condesa de Lagarde.
47. *Rafael Altamira*. Novelitas y cuentos.
48. *J. López Valdemoro*. La niña Araceli.
49. *Rodrigo Sortiano*. Por esos mundos...
50. *Luis Taboada*. Perfiles cómicos.
51. *B. Pérez Galdós*. La casa de Shakespeare.
52. *J. Ortega Munilla*. Fifiña.
53. *F. Salazar*. Algo de todo.
54. *Mariano de Cavia*. Cuentos en guerrilla.
55. *Felipe Pérez y González*. Peccata minuta.
56. *Francisco Alcántara*. Córdoba.
57. *Joaquín Dicenta*. Cosas mías.
58. *J. López Silva*. De rompe y rasga.
59. *Antonio Zozaya*. Instantáneas.
60. *José Zahonero*. Cuentecillos al aire.
61. *Luis Taboada*. Colección de tipos.
62. *Beaumarchais*. El Barbero de Sevilla.
63. *Angel R. Chaves*. Cuentos de varias épocas.
64. *Alfonso Karr*. Buscar tres pies al gato.
65. *Francisco Pi y Arsuaga*. El Cid Campeador.
66. *Vital Aza*. Pamplinas.
67. *Antonio Peña y Goñi*. Río revuelto.
68. *Enrique Gómez Carrillo*. Tristes idillos.
69. *Nicolás Estévez*. Calandracas.
70. *V. Blasco Ibáñez*. A la sombra de la higuera.
71. *A. Dumas, hijo*. La Dama de las Camelias.
72. *Joaquín M. Bartrina*. Versos y prosa.
73. *Francisco Barado*. En la brecha.
74. *Luis Taboada*. Notas alegres.
75. *Xavier de Montepin*. La señorita Tormenta.
76. *Antonio Zozaya*. De carne y hueso.
77. *Xavier de Montepin*. Muero de amor.
78. *Comte León Tolstoi*. Venid á mí.....
79. *Alfredo Calderón*. A punta de pluma.
80. *Enrique Murger*. Elena.
81. *Luis Taboada*. Siga la broma.
82. *Laura García de Giner*. La Samaritana.
83. *Cyrano de Bergerac*. Viaje á la luna.
84. *Eugenio Antonio Flores*. ¡Huérfana!
85. *Iván Tourgueneff*. Hamlet y Don Quijote.
86. *Alicia Pestana (Cañel)*. Cuentos.
87. *Angel Guerra*. Al sol.
88. *T. Dostoiewsky*. Alma infantil.

2 reales tomo

LIBRERÍA ESPAÑOLA

ANTONIO LÓPEZ, editor

BARCELONA

OBRAS DE FONDO

Pesetas

- ALGO. Colección de poesías de don Joaquín M.^a Bartrina, 5.^a edición, magníficamente ilustrada por el malogrado José Luis Pellicer. Un tomo 8.^o 3
- FLOR DE UN DÍA. Novela basada en el drama de su mismo título, por D. Manuel Angelón, adornada con ocho láminas sueltas. Un tomo 8.^o 3
- ESPINAS DE UNA FLOR, segunda parte de *Flor de un día*. Novela basada en el drama de su mismo título, por D. Manuel Angelón, adornada con ocho láminas sueltas. Un tomo 8.^o 3

TRATA DE BLANCAS. Novela social de Eugenio Antonio Flores. Un tomo 8. ^o	3
POESÍAS DEL PORVENIR, por F. Salazar Quintana. Un tomo 8. ^o esmeradamente impreso	2'50
ROMANCES DE CORTE Y VILLA, por F. Gras y Elías. Un tomo 8. ^o	2'50
OBRAS COMPLETAS de Gustavo A. Becquer. Tres tomos 8. ^o	10'50
VENTA DE HIJOS. Novela española de M. Martínez Barrionuevo. Un tomo 8. ^o	3'50
FLORES DE ESTÍO. Poesías de José Anselmo Clavé. Un tomo 8. ^o encuadernado	4
EL MUNDO RIENDO, por Roberto Robert. Un tomo	12'50
EL PROLETARIADO MILITANTE, por Anselmo Lorenzo. Un tomo 8. ^o	3
BARCELONA Á LA VISTA. Album de 192 fotografías de la capital y sus alrededores. Edición de gran lujo.	8
Edición económica	5'50

LOS DOS PILLETES, Novela basada en el drama de su mismo título, por Pierre Decourcelle, vertida al español por J. B. Enseñat. Dos tomos 8.º	4
EL GENIO Y EL ARTE, por D. Sebastián J. Carner. Un tomo 8.º	1'50
LA DECADENCIA DE LAS NACIONES LATINAS, por G. Sergi. Versión española de S. Valentí y Vicente Gay. Un tomo 4.º	3
PSICOLOGÍA DEL PUEBLO ESPAÑOL, por Rafael Altamira. Un tomo 4.º	2
LITERATURA Y PROBLEMAS DE LA SOCIOLOGÍA, por Adolfo Posada. Un tomo 4.º	3
EN TORNO AL CASTICISMO, por Miguel de Unamuno. Un tomo 4.º	2
LA LUCHA POR LA EXISTENCIA, por A. Vaccaro. Un tomo 4.º	3
AMOR Y PEDAGOGÍA, por Miguel de Unamuno. Un tomo 8.º	3
LA VOLUNTAD, por J. Martínez Ruiz. Un tomo 8.º	3

LA DICTADORA, por Antonio Zozaya. Un tomo 8.º	3
GUZMÁN EL MALO, por Timoteo Orbe. Un tomo 8.º	3
REPOSO, por Rafael Altamira. Un tomo 8.º	3
EL MAYORAZGO DE LABRAZ, por Pío Baroja. Un tomo 8.º	3
A FUEGO LENTO, por (Fray Candil) Emilio Bobadilla. Un tomo 8.º	3
EL ALGARROBO. Su descripción, manipulación, cultivo, zona, enemigos que tiene, utilidades que reporta y cuanto se relaciona con tan útil árbol, por D. Joaquín Bassa. Un tomo 8.º	2'50
EL TOCADOR MODERNO y la droguería en la mano. Ramillete de 300 recetas probadas, por J. M. Grivé. Un tomo 8.º	4
CARMEN. Novela de Próspero Mérimée. Un cuaderno en 4.º	0'50



